

¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)*

FABIO MORAGA VALLE

Universidad Arcis

fabiohis@gmail.com

El artículo estudia a la Nueva Acción Pública (NAP), un partido efímero que existió en Chile a inicios de la década de 1930. El trabajo reinterpreta las versiones que señalan que la NAP nació bajo la influencia directa de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y del Partido Aprista Peruano (PAP). Además, se analizan la organización y la estructura del movimiento chileno, las conspiraciones en que estuvieron envueltos sus militantes y las influencias ideológicas y políticas que tuvo desde el momento de su fundación, en 1931, hasta su fusión en el Partido Socialista de Chile en abril de 1933.

Palabras clave: Nueva Acción Pública, socialismo, aprismo, indoamericanismo, partidos políticos chilenos

* La primera aproximación a este tema se dio con motivo de la tesis de licenciatura que hice con Delicia Araya, «Las vanguardias políticas en Chile, 1920-1932». Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1995. El Proyecto Fondecyt 11070063 me permitió hacer una estancia de investigación en Lima, retomar el tema, reunir más información y darle forma definitiva. Agradezco a Catalina Moya, mi asistente de investigación. Las líneas centrales del proyecto fueron discutidas en el Seminario Interno de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú el 21 de abril de 2009.

La década de 1920 fue una de las más prolíficas en cuanto a renovación ideológica y cultural en Chile. Hasta 1913, el ambiente había estado hegemonizado por el modernismo en la literatura y el costumbrismo en la plástica. Entonces, nuevas tendencias estéticas renovaron la escena artística chilena: así, llegaron las vanguardias en la literatura y la pintura, que tuvieron su origen en el exterior (el dadaísmo y el cubismo, por ejemplo) o en el mismo país (el creacionismo). Por otra parte, ideas económicas como el socialismo de Estado, o meramente sociales como el funcionalismo y el gremialismo, complejizaron el ambiente ideológico, dividido hasta entonces entre el conservadurismo católico y las distintas corrientes liberales.¹

Desde principios de siglo, los sectores disconformes del espectro político —clases medias y obreros organizados—, que no encontraban espacio entre los partidos del sistema, multiplicaron su accionar antioligárquico. En el plano propagandístico, ampliaron la «prensa obrera» e independiente y el papel contestatario que desarrollaban desde las últimas décadas del siglo XIX. En el ámbito social y educativo, crearon escuelas nocturnas y universidades populares, además de multiplicar la asistencia a los sectores obreros. Con respecto al plano cultural, contribuyeron a crear un movimiento amplio y multiforme al que denominaron genéricamente «bohemia». Hacia 1918, el anarquismo y la influencia de la Revolución Rusa produjeron una honda repercusión no solo entre los sectores obreros y populares, sino también en grupos medios que se radicalizaron ideológica y políticamente.

Ahora bien, pese a esta amplitud cultural y estética, en el ámbito ideológico solo el «internacionalismo proletario» dominó la izquierda chilena

¹ En los últimos años se han realizado diversas investigaciones en torno a estos temas. Véanse Subercaseaux, Bernardo. *Historia de la ideas y de la cultura en Chile. Tomo III. El Centenario y las vanguardias*. Santiago de Chile: Universitaria, 2004; Moraga Valle, Fabio. *Sueños de arte y revolución: de las vanguardias artísticas a las vanguardias políticas en Chile, 1918-1932* (en prensa); y Grillo, Andrés. «Las Bellas Artes y la Academia en Chile. Itinerario de una disidencia (1842-1928)». Tesis de licenciatura en Teoría e Historia del Arte. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2006.

hasta 1930. Los debates entre comunistas y anarquistas giraron en torno a la paz y la Revolución Rusa, y a los grados de dirigismo, centralismo, estatismo o autoritarismo de este proceso. Pero no solo las concepciones provenientes de Europa o Rusia estaban en la *oferta* ideológica del momento. En América Latina, concretamente en México, Argentina y el Perú, ocurrieron movimientos que remecieron las conciencias de innumerables intelectuales, políticos y líderes de amplios sectores obreros y de clase media: la Revolución Mexicana (1910-1920), la Reforma Universitaria de Córdoba (1918) y el movimiento por la jornada de las ocho horas en el Perú (1918-1919). Estos acontecimientos impulsaron la formación en América Latina de «ligas antiimperialistas», «solidaridades» y «uniones latino o indoamericanas», partidos de existencia más o menos fugaz, y un sinfín de organizaciones de ambiciones continentales que, sin embargo, en el caso chileno, parecen no haber incidido en la renovación del sistema político y cultural del país.² Y esto pese a que la fuerte inestabilidad del periodo 1931-1932, resultado del final de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) y la crisis económica de 1929, se correspondió con el momento de mayor renovación política e ideológica en la historia de Chile.³

Ahora bien, el monolitismo de la izquierda no significó que no existieran intentos de generar un cuadro ideológico y político más amplio. Si la realidad artística, literaria y estética era cambiante, múltiple y móvil, ¿por qué no la política? ¿Por qué, en el ámbito ideológico, la izquierda no podía admitir nuevas corrientes generadas en países de la región y sí,

² La escasa recepción de las propuestas latinoamericanistas en Chile la hemos analizado en dos trabajos previos. Véanse Moraga, Fabio. «¿El latinoamericanismo ausente de las vanguardias chilenas? La revista *Claridad*, 1920-1923». En Crespo, Regina (coord.). *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*. México: CIALC, Eon Ediciones, 2010; y «El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930». *Universum*. 24/2 (2009), pp. 114-138. En Argentina, en cambio, el latinoamericanismo sí fue importante. Consultar a Pita, Alexandra. *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación*. México: El Colegio de México, 2009.

³ Sobre este punto revisar a Drake, Paul. *Socialismo y populismo en Chile, 1932-1970*. Valparaíso: Universidad Católica, 1992; y a Scully R., Timothy. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago de Chile: CIEPLAN, 1992.

en cambio, las provenientes de Europa? ¿El complejo y multiforme proceso político latinoamericano conocido genéricamente como *populismo* habrá influido en las organizaciones de todo el continente? Este artículo revisará la historia de un fugaz partido de tendencia latinoamericanista o indoamericanista en Chile, cercano a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), en el periodo 1931-1933. Analizaremos su programa, membresía y sus acciones concretas, así como el proceso de unidad en el que confluyó con otros grupos socialistas de la época.

UN PARTIDO INDOAMERICANO PARA LA REVOLUCIÓN CONTINENTAL

El APRA surgió en el abigarrado crisol ideológico y político latinoamericano de la década de 1920. Actualmente, la fecha de creación de este partido de inspiración continental es parte de un debate. La posición tradicional, basada en el mito fundacional elaborado por el propio Víctor Raúl Haya de la Torre, plantea que esta organización habría sido fundada por dicho político, quien sería su único líder e indiscutible ideólogo por más de cincuenta años, en Ciudad de México el 7 de mayo de 1924. Una segunda postura afirma que la fecha de nacimiento más aceptable para este partido es 1926. Esto a partir de la publicación de un artículo titulado «What is the APRA?» en el periódico *Labour Monthly*, órgano oficial del Partido Laborista Inglés. Escrito por Haya de la Torre, el texto explicaba los cinco puntos del «programa máximo» de la organización y aseveraba que esta tenía secciones en el Perú, México, Argentina, América Central y París, subsecciones en Alemania y España, y un comité ejecutivo interino con sede en Londres.⁴ Finalmente, una tercera postura, de carácter movimientista, relaciona la aparición del «aprismo» con la creación de la Universidad Popular González Prada. Según Jeffrey Klaiber,

⁴ Frente al mito que ubica la aparición del APRA en México en mayo de 1924, Pedro Planas sostiene lo siguiente: «Lo cierto es que el APRA comenzará a organizarse recién, a raíz de la publicación de este artículo. Claro que, en este sentido, Haya no tenía por qué ser tan específico. El artículo se titulaba *What is the APRA?* y no *Where is the APRA?*» (Planas, Pedro. *Los orígenes del APRA. El joven Haya*. Lima: Okura, 1986, pp. 29 y 42).

durante los tres primeros cortos pero intensos años, en que operaron pública y legalmente, las Universidades Populares sirvieron como el vital campo de prueba para la mayor parte de la ideología del Partido Aprista. Más aún, el experimento de la Universidad Popular proporcionó a los reformadores peruanos una valiosa y fundamental experiencia que faltaba a otros movimientos reformistas salidos de la Universidad.⁵

Este movimiento, que reunía un amplio arco de fuerzas políticas y sociales —e incluía sindicatos, además de grupos intelectuales, políticos y estudiantiles—, fue liderado por Haya como presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. Seguía la idea de Manuel González Prada de formar un «frente de trabajadores manuales e intelectuales» en el país para impulsar cambios en el sistema oligárquico.

Más allá de los conceptos con que se quiera calificar el proceso de formación de esta organización, lo concreto es que no existe una fecha clara de fundación de la misma. El APRA fue formado principalmente bajo el liderazgo carismático de Haya de la Torre; en sus filas destacaron mayoritariamente peruanos, a quienes se adhirieron intelectuales del continente que, entre 1926 y 1930, formaron «células apristas» en ciudades latinoamericanas y europeas. Estas no tenían mayor peso político efectivo y respondían más bien a una estructura de redes de agitación y propaganda de la causa indoamericana. Pese a que su membresía era de origen pluriclasista, el papel jugado por estudiantes e intelectuales fue

⁵ Klaiber, Jeffrey. «Las universidades populares y los orígenes del aprismo, 1921-1924». *Claridad* (febrero-marzo de 1979), pp. 39-52. Este trabajo, sin embargo, mantiene el mito de que el APRA fue fundado en 1924. Más «movimentista» es la posición de Hugo Ballenas, quien plantea un «proceso de fundación. A diferencia de otros partidos políticos que nacen un día y desde allí se puede establecer una fecha exacta del desarrollo de sus actividades, el aprismo tiene una formación y un desarrollo gradual. [...] Para todo el proceso del APRA tenemos varios hitos: primero está lo de la bandera de mayo de 1924; los cinco puntos que deben haber sido [escritos] a fines del año 1925; está la primera célula aprista que se forma en julio de 1925 en París y está también el Comité Aprista Latinoamericano del año 27 con su centro en México. Sin embargo, lo más correcto es establecer como comienzo del aprismo la Universidad Popular González Prada en 1923» (Entrevista hecha por el autor a Ballenas en Lima, en abril de 2009). Agradezco a Tito Agüero, Hugo Ballenas, Jorge Samplonius y Hugo Sánchez por la oportunidad de compartir impresiones, datos y libros acerca del APRA.

gravitante. Producto de las persecuciones de los gobiernos autoritarios peruanos de las décadas de 1920 y 1930, su identidad política inicial estuvo fuertemente vinculada al exilio de su líder y militantes más destacados.

Entre 1926 y 1930, las células apristas se articularon en París, México y Argentina, y estuvieron constituidas fundamentalmente por peruanos exiliados por la dictadura de Leguía. En ese entonces, el proyecto tenía carácter «indoamericano», es decir, organizado para una revolución continental. A pesar de la participación de diversos estudiantes e intelectuales latinoamericanos, el APRA siempre fue una organización fundamentalmente peruana con aspiraciones continentales que se distinguió por el activismo de sus militantes, además de poseer una ideología ecléctica que mezclaba un latinoamericanismo *sui géneris* con ideas marxistas y populistas, y un acento en la justicia social.

El único partido *aprista* que parece haberse organizado formalmente en un país específico fue el Partido Aprista Peruano (PAP). Fundado el 20 de septiembre de 1930, esta «sección peruana del APRA» reunía a «trabajadores manuales e intelectuales (estudiantes, obreros, profesionales y elementos de vanguardia)», que se adhirieron a los principios doctrinarios enunciados por Haya de la Torre.⁶ A partir de entonces, «el APRA, el proyectado partido continental latinoamericano, se irá extinguiendo en su realización, en pro de este recién fundado Partido Aprista Peruano, que representaba otro de los anhelos de Haya: la conquista del poder político en el Perú».⁷

Las primeras actividades públicas de la organización se dieron en un marco de crisis económica, social y política posterior a la caída del presidente Augusto B. Leguía (1919-1930). Su derrocamiento, debido a un golpe militar, se tradujo en una continua inestabilidad política, pues todos los líderes golpistas deseaban el poder. Por ello, Luis Miguel Sánchez Cerro tuvo que dejar la presidencia interina en 1931, hasta que

⁶ Sánchez, Luis Alberto. *Apuntes para una historia del APRA*. Lima: Mosca Azul Editores, 1979, p. 196. Otra versión de este hecho en Planas, *Los orígenes del APRA*, pp. 95 y ss.

⁷ Planas, *Los orígenes del APRA*, p. 100.

en diciembre de ese año ganó las elecciones, como líder de la Unión Revolucionaria, en una cuestionada votación. En esos comicios, el PAP compitió con su líder natural como candidato.

El gobierno de Sánchez Cerro (1931-1933) promulgó la Ley de Seguridad Interna, con la que persiguió a apristas y comunistas. Esto provocó lo que puede llamarse el «primer exilio» de carácter masivo, en que cientos de apristas fueron expulsados o se marcharon voluntariamente a Chile, en primer lugar; a Argentina y México, en segundo lugar; y hacia el resto de los países latinoamericanos, Estados Unidos o Europa, en última instancia. A partir de este exilio, se formaron «comités apristas» en Santiago de Chile, Ciudad de México, Buenos Aires y La Paz. Pero los apristas cobraron venganza —o al menos esa es la versión más difundida—, pues el 30 de abril de 1933, mientras Sánchez Cerro pasaba revista a las tropas que iban a combatir contra Colombia, un militante del APRA, Abelardo Mendoza Leiva, disparó contra el presidente y lo mató.⁸ Con la represión, en los meses inmediatamente anteriores y los años posteriores al asesinato, una gran ola de perseguidos políticos reinició la diáspora: al puerto de Valparaíso llegaron unos trescientos ciudadanos peruanos entre octubre de 1932 y julio de 1935.⁹ En 1932 fueron recibidos por dos pequeñas organizaciones políticas chilenas que se declaraban «socialistas»: la Nueva Acción Pública y la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), de las cuales solo la primera pasaría a la posteridad como «organización hermana» del PAP.

⁸ Versiones posteriores aseguraron que Sánchez Cerro recibió disparos desde dentro de su auto y en una trayectoria imposible para el tirador aprista (Villanueva, Armando y Guillermo Thorndike. *La gran persecución, 1932-1956*. Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2004, pp. 40-41).

⁹ En 1932, las fuentes informan de la existencia en Chile de 48 exiliados peruanos, que aumentaron hasta trescientos en los años siguientes. Véanse *Grove*. 6 (20 de octubre de 1932); y *La Opinión* (16 y 24 de diciembre de 1934, y 1 de enero y 3 de julio de 1935).

EL SISTEMA POLÍTICO CHILENO EN LA DÉCADA DE 1930

Si el escenario político peruano era inestable a comienzos de la década de 1930, el chileno no lo era menos. El 26 de julio de 1931, el presidente Ibáñez renunció a su cargo e inició un exilio —que duraría unos seis años— en Mendoza, Argentina. En 1927, Ibáñez había sido electo con el 97% de los votos, frente al 1,5% que obtuvo el comunista Elías Lafferte. El contundente apoyo se explica por la profunda crisis de representación que vivían los partidos del sistema (Conservador, Radical, Democrático y las distintas fracciones liberales), la cual había interrumpido el mandato de Arturo Alessandri (1920-1925) e impuesto dos sucesivas juntas militares, además del último y fugaz gobierno oligárquico de Emiliano Figueroa Larraín (1925-1927). Durante este mandato, Ibáñez labró paulatinamente su ascenso hasta ser candidato a la presidencia. Una vez elegido, impulsó un gobierno de «unidad nacional», implementó una serie de leyes sociales postergadas por los gobiernos oligárquicos, modernizó el Estado y organizó y amplió la represión sobre la población mediante la policía y el ejército.

La renuncia de Ibáñez, producto del accionar de estudiantes, profesionales y políticos tradicionales, coadyuvado por la crisis económica iniciada en 1929, gatilló un periodo de inestabilidad política que se prolongó por poco más de un año (de julio de 1931 a octubre de 1932). Este «interregno anárquico» comenzó con el interinato del radical Esteban Montero (ratificado como presidente en una elección especial). Durante su mandato, una sublevación de la Marina, el 31 de agosto de 1931, por una mejora salarial terminó con un combate aeronaval en el puerto de Talcahuano; asimismo, una conspiración comunista en las ciudades de Copiapó y Vallenar devino en una matanza, suceso conocido como la «Pascua trágica». El 4 de junio de 1932, Montero fue derrocado por un golpe cívico-militar, que instauró la denominada «República Socialista». Sin embargo, doce días después ella fue reemplazada por un nuevo gobierno de facto, que duró algunos meses. Este, a su vez, fue sucedido por el régimen del militar Bartolomé Blanche. El país estaba al borde de una guerra civil cuando Blanche renunció el 1 de octubre. Fue

reemplazado por Abraham Oyanedel, presidente de la Corte Suprema, quien llamó a elecciones para fines de mes. La impresionante sucesión de gobiernos culminó con una nueva elección de Alessandri. Su segundo mandato (1932-1938), a pesar de su frágil estabilidad, inauguró un periodo democrático que se prolongaría hasta 1973.¹⁰

Desde la salida de Ibáñez se produjo una movilización nunca antes vista en la historia de Chile, en la que el conjunto de la sociedad intentó implementar diversas medidas que sacaran al país de la crisis. Como una caja de Pandora, las utopías políticas y las fantasías sociocráticas se desataron. El historiador Paul Drake lo ha destacado así: «en una expansión excepcional y rápida los partidos se dividieron y surgieron facciones y nuevos contendores. No ha habido nunca en la historia chilena un período comparable de confusión e innovaciones políticas».¹¹ Los grupos políticos, grandes o pequeños, entraron en la disputa del poder e intentaron múltiples conspiraciones. Los militares salieron de sus cuarteles en apoyo de uno u otro sector social: «Pululaban por plazas y calles decenas de guerreros expulsados del ejército en los pronunciamientos anteriores. No se hablaba sino de asonadas, conatos, cabildos y conjuraciones. Casi todos los santiaguinos pudieron participar en los golpes que se gestaban».¹²

Las distintas fracciones sociales expresaron una increíble capacidad para construir y desconstruir alianzas y organizaciones. La prensa independiente, de clase media y popular, propagó innumerables teorías, propuestas y utopías; se intentaron crear «soviets», «repúblicas socialistas», «falanges», «facios» y «legiones», y se pretendieron poner en marcha otros muchos experimentos políticos y sociales.¹³ Pero estos movimientos en conjunto implicaron que paulatinamente las clases medias cortaran lazos sentimentales y utópicos con el mundo obrero y buscaran alianzas polí-

¹⁰ Una revisión más detallada del periodo de inestabilidad en Moraga, *Sueños de arte y revolución*.

¹¹ Drake, *Socialismo y populismo*, p. 65; Scully, *Los partidos de centro*, p. 121.

¹² González Vera, José Santos. *Cuando era muchacho*. Santiago de Chile: Nascimento, 1951, p. 343.

¹³ Moraga, *Sueños de arte y revolución*.

ticas más permanentes. De todos modos, mantuvieron alguna relación de concubinato con el movimiento popular para integrarlo en calidad de subordinado y así lograr acceder al poder político más directamente. La frenética y rápida sucesión de gobiernos que se ha relatado terminaría con dos grandes partidos políticos nuevos que serían importantes en el segundo régimen de Alessandri: por un lado, el Partido Socialista de Chile, que ocuparía la izquierda junto al Partido Comunista; y por el otro, la Democracia Cristiana, que estaría en el centro con el viejo Partido Radical. Esto desplazó a los liberales a la derecha, espacio que compartirían con los conservadores. Así se conformó un sistema de partidos, dividido en tres tercios, de carácter clasista e ideológico que buscaba representar a grupos sociales determinados: obreros, clase media y oligarquía.

Sin embargo, antes de la formación de organizaciones permanentes, una serie de pequeños grupos, con aspiraciones de ser partidos trascendentes, surgió en el fugaz y movedizo espectro político. Mientras sectores de la derecha católica y nacionalista más tradicional se dejaron seducir por la fuerza avasalladora del fascismo y el nazismo, grupos de izquierda ensayaron la formación de organizaciones de la más variada influencia ideológica, pero que tenían todas un carácter socialista. Un memorialista agudo graficó así el surgimiento de nuevos partidos de izquierda: «Mientras tanto formáronse varios partidos: el socialista revolucionario, el socialista marxista, la Nueva Acción Pública, el socialista liberal, el socialista laborista, amén. Más tarde se refundieron en el Partido Socialista de Chile».¹⁴

Este era también un marco auspicioso para la propagación de las ideas indoamericanistas y antiimperialistas del fundador del aprismo. Haya de la Torre había visitado fugazmente Chile en 1922. En dicha ocasión fue recibido por la Federación de Estudiantes, y una crónica de su visita apareció en *Claridad*, revista de la mencionada organización. Pero la estadía de Haya no produjo gran revuelo: un joven de 27 años y dirigente estudiantil no era materia de preocupación para el gobierno de Alessandri; tampoco los lazos políticos y orgánicos que dejó le reportaron muchos

¹⁴ Ib.

adeptos en el estudiantado, que se hallaba dividido entre anarquistas, liberales y católicos.¹⁵

No obstante, como hemos visto, en la década de 1930 el cuadro político en Chile y América Latina era distinto. El continente era testigo del advenimiento de lo que se conocería como «populismo latinoamericano». La revisión de este concepto —así como de la influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile y de los aportes teóricos de Jorge Graciarena, Gino Germani, Torcuato Di Tella, Octavio Ianni, Ernesto Laclau y Enzo Falleto— llevó a Juan Manuel Rebeco a analizar sumariamente las siete características de los movimientos populistas.¹⁶ Estas son las siguientes: «alianzas políticas policlasistas», partidos de «frente único», preponderancia del concepto de lo «nacional» por sobre la «clase», «anti oligarquismo», la consideración del «pueblo como portador de los valores de la nación», la sobrevalorización del Estado y la industrialización.¹⁷ En este contexto, en Chile se formó una organización muy particular,

¹⁵ De los alumnos, solo Eugenio González y Óscar Schnake, presidentes de la Federación de Estudiantes en 1922, adoptaron el socialismo cuando formaron una organización diferente de la NAP, la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), que aglutinó a obreros y estudiantes que habían sido ácratas (Moraga Valle, Fabio. «*Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2007, pp. 364-365). Juan Rebeco tiene una idea distinta respecto de la importancia del viaje del líder del aprismo al país del Mapocho; dicho autor dedica algunas páginas al «impacto del joven Haya de la Torre en Chile» (Rebeco, Juan M. «Influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile». En *Vida y obra. Víctor Raúl Haya de la Torre. II Concurso Latinoamericano de Ensayo*. Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre, 2006, pp. 62-65).

¹⁶ Los trabajos de Germani, Gino. «Democracia representativa y clases populares»; Di Tella, Torcuato. «Populismo y reformismo»; y Ianni, Octavio. «Populismo y relaciones de clase» fueron recopilados en Ianni, Octavio (comp.). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: ERA, 1977, pp. 11-57, 59-102 y 103-150, respectivamente. El propio Ianni regresó sobre el tema años más tarde en *La formación del Estado populista en Latinoamérica*. México: ERA, 1984. Consultar también Graciarena, Jorge. *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Paidós, 1972; Laclau, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI, 1980; y Falleto, Enzo. «Sobre populismo y socialismo». *Opciones*. 7 (septiembre-diciembre de 1985), pp. 58-85.

¹⁷ Véase Rebeco, «Influencia del APRA», pp. 23-33.

reflejo del ecléctico cuadro político. Su vida sería breve, pero intensa. A diferencia de otras organizaciones de la época, tendría un programa definido, su propio periódico, una estructura de alcance nacional, diputados, senadores y héroes muertos en el combate contra el nazismo local y los organismos de seguridad.

LA NUEVA ACCIÓN PÚBLICA (NAP)

Tradicionalmente se conoce a esta organización por el testimonio dejado por el aprista Luis Alberto Sánchez. En *Visto y vivido en Chile*, un libro de memorias sobre sus cuarenta años de relaciones con el medio intelectual y político chileno, este escritor retrató del siguiente modo a la NAP:

El Partido Aprista fundado en el Perú, el 20 de septiembre de 1930, se reprodujo con naturales variantes en Chile bajo el nombre de Nueva Acción Pública (NAP). Eugenio Matte Hurtado, joven e inquieto líder izquierdista, ocupó en el Mapocho una posición análoga a la que Haya de la Torre empezaba a tomar en el Perú. Por desgracia la vida de Matte se cortó prematuramente. La NAP abrió paso al Partido Socialista de Chile, el cual adoptó como su himno “La Marsellesa Aprista”, es decir, la música de Rouget de L’Isle con la letra escrita por un obrero textil peruano Arturo Sabroso.¹⁸

Este y otros relatos generaron una serie de afirmaciones —sin mayor análisis empírico— acerca de la conexión casi directa entre la organización peruana y la chilena. Muchas de estas aseveraciones se han reproducido un poco acríticamente. Por ejemplo, Percy Murillo sostuvo que

ideológicamente los apristas estuvieron en Chile más cerca de los socialistas [...] la razón estriba en que uno de los fundadores del Partido Socialista Chileno, Eugenio Matte Hurtado, indiscutible figura prominente en aquellos años, estaba plenamente identificado con la ideología aprista. Matte Hurtado fundó en 1931 la Nueva Acción Pública, réplica chilena del APRA peruano.¹⁹

¹⁸ Sánchez, Luis Alberto. *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena: 1930-1970*. Lima: Editoriales Unidas S.A., 1975, pp. 31-32.

¹⁹ Murillo, Percy. *Historia del APRA, 1919-1945*. Lima: Enrique Delgado editor, 1985, p. 382.

Si bien las relaciones entre el socialismo chileno y el aprismo fueron relativamente fluidas desde mediados de la década de 1930, creemos que es exagerado afirmar la influencia directa del APRA en toda la historia del socialismo en Chile, desde sus orígenes en los grupos que nacieron en el «bienio conflictivo» de 1931 a 1933.²⁰ En líneas generales, estos dos últimos años han permanecido poco estudiados. Convendría, en cualquier caso, hacerse las siguientes preguntas: ¿Hubo una relación directa entre el PAP del Rímac y la NAP del Mapocho? ¿Cuáles fueron esas «naturales variantes» entre la organización peruana y la chilena? ¿Aparte de la adopción de la Marsellesa, qué aspectos ideológicos o políticos compartieron apristas y napistas?

La NAP nació en agosto de 1931, cuando sus fundadores publicaron un manifiesto en el periódico *Justicia* de Valparaíso. La organización se definía no como «una mera agrupación política, sino de una asociación civilista, militante, cultural y sindical que, despreciando los añejos prejuicios y odios de clase, mira el fondo de los problemas y ve su solución».²¹ Los líderes de la iniciativa eran el gran maestro de la masonería Eugenio Matte Hurtado,²² el comodoro del aire Marmaduke Grove,²³

²⁰ Entre los trabajos que sustentan dicha postura se encuentran Murillo, *Historia del APRA*; Pinto, Aníbal. «Desarrollo económico y relaciones sociales en Chile». En Pinto, Aníbal. *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1971, p. 89; y Muñoz, Herald. «La política internacional del Partido Socialista y las relaciones exteriores de Chile». En Ortiz, Eduardo (ed.). *Temas socialistas*. Santiago de Chile: VECTOR, 1983, p. 14.

²¹ «Mensaje al pueblo de Chile de la Nueva Acción Pública». *Justicia*. 2 (22 de agosto de 1931), p. 1.

²² Matte Hurtado provenía de una familia aristocrática; fue abogado y gran maestro de la masonería, cargo al que renunció cuando fundó la NAP. Entre 1931 y 1932 fue columnista habitual de *Crónica*, donde destacó por sus agudos análisis sociales y políticos. En junio de 1932 encabezó la «República Socialista», pero fue relegado del poder cuando esta fracasó. En octubre de ese año fue elegido en ausencia senador por Santiago; a partir de entonces, desarrolló una febril actividad política. Fundó, junto con una pléyade de dirigentes, el Partido Socialista de Chile en abril de 1933. Murió prematuramente en 1934, a la edad de 37 años (Jobet, Julio César. *El Partido Socialista de Chile*. Santiago de Chile: PLA, 1971, pp. 99-104).

²³ Grove nació en Copiapó. Posteriormente ingresó al ejército y formó parte de los «militares jóvenes» que se sublevaron contra el oligarquismo del Congreso en septiembre

el dirigente sindical Carlos Alberto Martínez y Alberto Patiño.²⁴ La organización tenía sus fundamentos en al menos tres corrientes ideológicas: una de origen masón, con ideas de la Escuela Benjamín Franklin; otra de origen latinoamericanista o «indoamericanista», influenciada por el aprismo; y la tercera proveniente del socialismo marxista. Estas tres influencias son claras en su ecléctica *Declaración de principios*, que define a la NAP como una «agrupación de trabajadores intelectuales y manuales, organizados como fuerza ejecutiva de renovación integral, sometida a constante evolución».²⁵

En su ideario se ponía el acento en el desarrollo integral del hombre, la mujer y la familia, a los que consideraba esclavos del Estado capitalista. Se proponía la planificación económica regional, de acuerdo con la geografía del país. Al principio, la agrupación no estaba concebida como partido político, sino «como una institución de cultura social, que finalmente podía llegar a la política». De otro lado, la organización tuvo una fuerte influencia europeísta y masónica en sus principios elementales:

Muchas de las ideas de la NAP tenían influencia de los principios humanos de la Revolución Francesa y que se encontraban en las actividades masónicas

de 1924 y marzo de 1925. Desplazado por Ibáñez del poder, en 1930 fue involucrado en la «conspiración del avión rojo», lo que le significó el destierro. A partir de julio de 1931 participó en la fundación de grupos socialistas, y en 1932 lo hizo en la «República Socialista». Tuvo una fuerte personalidad, elevado carisma y ascendiente sobre las masas, cualidades que le significaron altas votaciones aun cuando estuvo preso o relegado. Después de la fundación del Partido Socialista en abril de 1933, se dedicó por entero a liderar el partido y a su cargo de senador (Jobet, *El Partido Socialista*, pp. 89-99).

²⁴ No hemos encontrado antecedentes de Alberto Patiño. Carlos Alberto Martínez fue militante de la masonería popular, por lo que participó en la Mutual Igualdad y Trabajo. A fines de la década de 1910, era dirigente de la Federación Obrera de Chile y militante, junto con Luis Emilio Recabarren, del Partido Obrero Socialista. Cuando ambas organizaciones se afiliaron a la Tercera Internacional, Martínez se distanció de ellas, pero se mantuvo activo en el mutualismo. En 1925 participó en la Asamblea Constituyente Popular y al año siguiente en la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile, que buscó dar una representación política a los trabajadores organizados (Moraga, «*Muchachos casi silvestres*», pp. 206, 456 y 484).

²⁵ Nueva Acción Pública. *Declaración de principios. Estatuto orgánico*. Santiago de Chile: Imprenta Universo, 1932, p. 1.

que desarrollaba Eugenio Matte. Recuerdo que aquella asamblea fue algo emocionante. Muchos años que no se oía en un recinto hablar de igualdad humana, de la cooperación y la solidaridad entre los hombres.²⁶

El legado masónico, mezclado con elementos patrióticos, se evidenciaba, por ejemplo, en los discursos políticos de sus dirigentes pronunciados en escenarios abiertos o recogidos en la prensa; o en su bandera, que incluía balanza, escala y estrellas. Los elementos de este símbolo, que había nacido durante la resistencia antidictatorial, serían explicados por uno de los intelectuales del partido, Ricardo Echeverría C.:

Y, en esa época, tendiendo su manto protector en las oscuras tinieblas era su ROJO, vigor, energía; su BLANCO, pureza idealista en el combate; su ESCALA, atracción, insinuación a recorrer las etapas necesarias que produjeran una nueva modalidad, una evolución de sistemas, ideas, conceptos; su BALANZA, emblema igualitario de justicia, privilegios, derechos; su espada, advertencia a la unión, confraternidad; su ESTRELLA, aurora de redención.²⁷

Por otra parte, el símbolo que recogió la influencia del indoamericanismo fue la «Marsellesa socialista». Sánchez sostiene que la adaptación de la Marsellesa como himno del APRA se originó en una manifestación espontánea contra el presidente Leguía. El 14 de julio de 1930 se realizó un homenaje a Francia en el teatro Excelsior de Lima. En dicho local se proyectó una película que incluía la interpretación de la popular canción de la Revolución Francesa. Aprovechando la oscuridad, el público la entonó de pie y se mantuvo así después de que se encendió la iluminación de la sala. El cuestionado mandatario abandonó el teatro probablemente por las alusiones a la tiranía que el himno francés contenía y que él consideraba era interpretado por los asistentes en su contra. Cuando se fundó el PAP, se adaptó la letra para dar origen a la Marsellesa aprista. Ahora bien, de acuerdo con Sánchez, «con el cambio de solo una palabra» aquella pasó

²⁶ Mayorga, Wilfrido. «Las Asambleas del Hambre (entrevista a Carlos A. Martínez)». *Ercilla*. 1567 (2 de junio de 1965), p. 5.

²⁷ Echeverría C., Ricardo. «Simbolismo de nuestra bandera. Reunión de la Universidad Social del 12 de enero de 1933». *Nueva Acción Pública*. I (19 de enero de 1933), pp. 3-4. Las mayúsculas son del original.

a ser el himno de la NAP. A partir de lo expuesto, es probable que esto haya sucedido, no solo por los vínculos entre apristas y napistas, sino también por la adscripción de la agrupación chilena al ideario y valores de la Francia revolucionaria.²⁸ Luego de la fundación del Partido Socialista de Chile en 1933, la «Marsellesa socialista» se transformó en la canción de los grupos que confluyeron en esa organización.²⁹

La NAP tuvo una gran cantidad de militantes en buena parte del país: así, contó con miembros en Santiago, Valparaíso, Concepción, Chillán, Curicó, San Antonio, Los Ángeles y Collipulli. Además, el partido mantuvo una amplia red publicitaria: esta fue conformada por periódicos propios, como *Acción* y *Nueva Acción Pública* de Santiago (destinados a la militancia y la propaganda), y por activistas en medios como *Justicia* de Valparaíso, *Revolución* de Talca y *El Sur* de Concepción.³⁰ De otro lado, es probable que los núcleos masones hayan jugado un papel fundamental en la formación de las filas de la organización y en su estructura partidaria. En el ambiente de represión política y de censura de los cuatro años de la dictadura de Ibáñez, solo la masonería, con estructura nacional, antiguos ritos y formas de organización secretas y clandestinas, pudo desarrollar sus actividades conspirativas eficientemente.³¹

²⁸ Al respecto, no hemos encontrado la letra original de la Marsellesa de la NAP.

²⁹ Sánchez, *Apuntes para una historia del APRA*, p. 193.

³⁰ En otra investigación, logramos reconstruir los listados de militantes de las organizaciones socialistas (Moraga, *Sueños de arte y revolución*). En dicho trabajo identificamos a 43 napistas, más que los 28 de la Acción Revolucionaria Socialista. Nuevas indagaciones, en esta ocasión en una región específica, permitieron completar un listado de 77 miembros del Partido Socialista Marxista (véase Moraga, Fabio. «Vanguardias políticas en Magallanes, el Partido Socialista Marxista». *Impactos*. 97 (1997), pp. 4-32). Pese a la «mayoría relativa» de los «socialistas marxistas», la NAP tenía una distribución geográficamente más extendida en el país.

³¹ A esto hay que agregar que el poder de la masonería no era menor: el mismo Ibáñez, en algún momento de su mandato, expuso ante la Orden los alcances de sus políticas (Jobet, *El Partido Socialista*, p. 95).

LA PRIMERA CONVENCION DE LA NAP

En marzo de 1932, la NAP realizó una convención programática e ideológica en la ciudad de Concepción. El evento cerró sus actividades el domingo 20 en el teatro Rialto con un homenaje a los apristas peruanos Alfredo Saco y Agustín Vallejo.³² Según *El Sur* —periódico que mostró su abierta simpatía por el evento—, la convención «congregó una enorme concurrencia». Los oradores de la ocasión establecieron la «trascendencia internacional que la formación de la NAP y [el] Partido Aprista tendría para la consecución de las reivindicaciones sociales y la estructura de una nueva sociedad».³³

Las sesiones de la convención se realizaron en el hotel France y en el local del citado periódico. El médico Natalio Berman, quien presidió la clausura, invitó a «unirse en las filas de la NAP a los obreros intelectuales y manuales a fin de realizar las aspiraciones que sustenta y que han de llevar a los pueblos de América a la redención social y económica del proletariado». La organización nombró miembros honorarios a los peruanos. En agradecimiento, subió al escenario Saco, quien después de analizar las estructuras del PAP y la NAP concluyó que eran similares y que con estas organizaciones podría obtenerse la «libertad económica de esos pueblos». Destacó en su alocución que

eran las realidades sangrantes del pueblo peruano las que habían impulsado estas fuertes corrientes de opinión nacional. Hizo notar que el gobierno del Perú habría cometido un grave error al expulsar a los miembros del Partido Aprista porque estos encontrándose en los demás países de América Latina continuaban desarrollando la política aprista en el seno de las sociedades similares.³⁴

³² Alfredo Saco Miró Quesada (o «Alfredo Sacco», como aparece en la prensa chilena) usaba el alias de «Walter Park». Estuvo casado con Angélica Sotomayor, también militante aprista. Saco fue un destacado miembro del APRA en el exilio, especialmente en México. En este país encabezó las negociaciones infructuosas entre el comité aprista local y el presidente Lázaro Cárdenas para tratar de obtener apoyo para su causa. Escribió unas memorias, donde dejó plasmada su actuación en esos años (Saco Miró Quesada, Alfredo. *Tiempos de violencia y rebeldía. Memorias*. Lima: Okura, 1985).

³³ «Después de una jornada de intensa labor, clausuró anoche sus sesiones la convención de la NAP». *El Sur*, 21 de marzo de 1932 (portada).

³⁴ *Ib.*

El orador señaló la inspiración bolivariana del aprismo peruano, afirmación que el público presente interrumpió con «grandes aplausos». Saco prosiguió su relato indicando que, en la primera manifestación pública del Partido Aprista en el Perú, sus miembros portaron banderas de todas las naciones indoamericanas. Este hecho fue aprovechado por el gobierno para sostener que el nacionalismo peruano estaba en peligro y expulsar a los apristas. Saco finalizó su discurso explicando el programa del PAP, que fue condensado en cinco puntos: acción contra el imperialismo, nacionalización de la tierra y las industrias, unidad latinoamericana, internacionalización del Canal de Panamá y solidaridad con todos los pueblos oprimidos del mundo. Frente a las objeciones de algunos que dudaban de la existencia del imperialismo, Saco señaló que era

necesario explicar el profundo significado de la palabra imperialismo, definiéndolo como que el imperialismo es un fenómeno económico de los actuales tiempos de la historia mundial, y agregando que el imperialismo económico es la inversión de capitales extranjeros en una forma más o menos refinada en pueblos de incipiente desarrollo capitalista y que mediante esa inversión se ha logrado la capitalización de nuestras fuentes de producción y la capitalización del trabajo de nuestra masa, de nuestros pueblos, los que se encuentran agobiado[s] por el régimen individual imperialista.³⁵

Después de la intervención del peruano, continuó el chileno Octavio Larraín, quien habló sobre los principios generales de la NAP. Sostuvo que ella pretendía «renovar el medio ambiente sepultando para siempre los prejuicios de las diferencias de clases que ya han hecho crisis y cuya caída se avecina», lo cual se lograría «mediante la cultura intelectual del pueblo». Además, se tenía que «establecer la nueva sociedad libre», observando los principios de «solidaridad humana que para los fines de la NAP deben siempre tenerse en cuenta».

Enseguida, Agustín Vallejo se refirió a la gestación del PAP y las relaciones que debía tener con la agrupación chilena.³⁶ Describió los

³⁵ *Ib.*

³⁶ Agustín Vallejo Zavala fue un obrero y líder aprista nacido en Chiclayo. Integró el Congreso Constituyente de 1931, donde se preocupó por la legislación laboral. En diciembre

primeros meses de la organización, pero señaló que el proceso de su creación había tenido su origen en la década pasada: «cuando el 23 de mayo de 1923 se verificó por vez primera el movimiento revolucionario peruano se selló la unificación de los obreros manuales e intelectuales a fin de ir contra el credo despótico establecido al igual que en Roma». Señaló que la «prensa burguesa» peruana había caracterizado al PAP como un «fascismo de América» y de ser «internacionalista». Vallejo rechazó esta afirmación y sostuvo que «nuevas entidades de igual carácter que se abren paso en Argentina, Chile y Brasil, anuncian una nueva aurora de redenciones que uniré férreamente a los pueblos por el ideal de justicia y reivindicación que en todas partes se persigue con el mismo ahínco y el mismo desinterés».³⁷

Las dos últimas intervenciones del evento fueron programáticas. Primero dirigió un discurso el delegado por Chillán, el profesor Jerez, quien analizó las reformas educacionales de 1928 y valoró los avances en educación primaria, pero criticó los obstáculos que las clases altas, la política partidista y la prensa ponían al avance de los profesores y sus derechos. Asimismo, abogó por atender la enseñanza popular, enfrentar el hambre que padecían los escolares campesinos y superar la pobreza de la educación rural. Enrique Rojo, por su parte, saludó la presentación de los peruanos y sostuvo que los ideales de la NAP «habían nacido para modelar una humanidad nueva». Finalmente, criticó a la educación chilena, por ser una copia de otros sistemas implantados en naciones culturalmente más avanzadas; analizó en detalle muchos aspectos del asunto y finalizó sosteniendo que, en adelante, se vería «flamear en los

de aquel año, junto con los líderes obreros Arturo Sabroso y Toribio Sierra, solicitó a la presidencia del Congreso Constituyente la conformación de una comisión que se ocupara del problema del desempleo en el Perú. Deportado a Chile, regresó durante la etapa de «Paz y Concordia» que decretó el presidente Óscar R. Benavides en 1934. Sin embargo, como consecuencia del asesinato de Antonio Miró Quesada, director de *El Comercio*, y su esposa a manos de un aprista, debió volver a la clandestinidad (ver <http://apra-global.blogspot.com/2007/06/grandes-lideres-historicos-del-apra_9776.html>).

³⁷ Ver <http://apra-global.blogspot.com/2007/06/grandes-lideres-historicos-del-apra_9776.html>.

pueblos americanos el pabellón del Apra y de la NAP, con la refulgente estrella por delante».³⁸

Esa misma tarde, las sesiones de trabajo debatieron sobre la descentralización administrativa, la división política de acuerdo con la estructura económica del país, la creación de la escuela común, la abolición de la totalidad de los impuestos, la fijación del circulante en quinientos millones de pesos y otras medidas que la convención aprobó. Además, fueron elegidos los organismos directivos de la NAP y aprobados los estatutos. En la noche se celebró a las delegaciones con una comida y un acto de clausura.

LA NAP Y LA «REPÚBLICA SOCIALISTA»

Pero antes de pasar a un grado de estructuración mayor, la NAP o, más bien, algunos napistas se mezclaron en una de las conspiraciones de la época. El 4 de junio de 1932, varios políticos y militares —entre los que se encontraban Eugenio Matte Hurtado y Óscar Cifuentes de la NAP, Óscar Schnake y Eugenio González de la ARS (antes anarquistas y ex presidentes de la Federación de Estudiantes), el ibañista Carlos Dávila, el general Arturo Puga, el comodoro del aire Marmaduque Grove y el teniente Carlos Charlín— comandaron un batallón de la Escuela de Aviación y tomaron el palacio de La Moneda. Allí destituyeron al presidente de turno, el radical Esteban Montero, y proclamaron una «República Socialista».

A partir de ese acto audaz se configuró un mito: por fin el pueblo, liderado por un grupo, había asaltado el «Palacio de Invierno». Las calles se llenaron de obreros, campesinos, cesantes, marginales, simples ciudadanos e integrantes de cientos de organizaciones populares que expresaron su apoyo a la «República Socialista Chilena»; las librerías vieron sus estantes vaciados de obras sobre socialismo. Fueron doce días en que el pueblo dio rienda suelta a sus más locas fantasías: «todo el mundo quería socialismo, socializar las empresas, los ferrocarriles, la educación, hasta *El Mercurio*, cuyos empleados y obreros se habían

³⁸ Ib.

reunido para pedirle amablemente a don Agustín Edwards Mc Clure, que socializara el diario». ³⁹

También reaccionaron algunos sectores gremiales. La Asociación Médica de Chile, por ejemplo, se dividió: un sector de los galenos quería condenar al nuevo gobierno, pero otro lo apoyó. Este fue liderado por Jaime Vidal Oltra, médico y militante del Partido Socialista Marxista de Santiago. ⁴⁰ De otro lado, el golpe encontró al Partido Comunista chileno inmerso en la disputa Stalin-Trotsky. La fracción estalinista rechazó al nuevo gobierno y dudó de su socialismo. Los trostkistas, en cambio, simpatizaron con él y acudieron a La Moneda a solicitar armas para la revolución. Sin embargo, Grove se las negó argumentando que el ejército le había jurado fidelidad a la nueva República. En lo que coincidieron ambas fracciones comunistas fue en la formación de un «soviet» constituido por «comités de obreros, campesinos, indios, soldados y marineros», que sesionaba en la Universidad de Chile. ⁴¹

El gobierno socialista intentó «organizar técnicamente las fuerzas productoras bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo». Impulsó medidas para controlar la crisis económica, el crédito y el comercio, tanto interno como externo. El régimen enfrentó la pauperización tratando de importar, por medio del Estado, artículos de primera necesidad, como azúcar, petróleo, gasolina, etc. Asimismo, quiso paliar el desempleo a partir de la creación de puestos de trabajo por parte del Estado; por otro lado, suspendió el desalojo de arrendatarios morosos. En resumen, el régimen pretendió construir un Estado fuerte, controlador de las distintas esferas sociales, protector de las masas desposeídas e interventor de la economía. Pero en los doce días que duró esta marea revolucionaria ni siquiera se logró controlar el país

³⁹ Laferte, Elías. *Vida de un comunista*. Santiago de Chile: Editorial Austral, 1948, p. 250.

⁴⁰ *Boletín Médico de Chile*, 25 de junio de 1932, p. 2; y 24 de septiembre de 1932, pp. 1-2.

⁴¹ Un relato directo del «soviet» en la Universidad de Chile en Waiss, Óscar. *Chile vivo, memorias de un socialista, 1928-1970*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986. Hemos hecho un análisis de este curioso caso en Moraga, *Sueños de arte y revolución*.

completamente. No hemos encontrado evidencias de que la NAP, pese a su extensa estructura nacional, haya aportado al gobierno con acciones políticas coordinadas.

Sin embargo, lo que no ganaron los socialistas en la política o el poder lo lograron en el imaginario social: las masas pauperizadas emergieron de sus viviendas y barrios, de los conventillos y *cités*, y se dirigieron al centro para apoyar al nuevo gobierno:

La republiquita atraía. Llegaban al centro a caballo, en carretas, en vehículos inverosímiles adornados con guirnaldas de papel. Los rostros no eran habituales. Estos hombres parecían reencarnación de aquellos que crearon la Comuna de París. Algunos daban miedo. Era el pueblo de los barrios lejanos. En la expresión de esos chilenos, que se dejan ver tan poco y que son tan escépticos, brillaba la fe. Sentíase algo nuevo y provisor.⁴²

Organizaciones obreras se formaron, ayudadas por la junta revolucionaria, y convocaron a un acto para el 16 de junio. En esta fecha se efectuó un paro y hubo una marcha de obreros fiscales de la construcción de Santiago. El objetivo era pedir mejores condiciones laborales y demostrar su apoyo al gobierno, que evidenció su gran poder de convocatoria: según el Comité Único de la Construcción, se reunieron quince mil trabajadores; algunos autores hablan de unos cien mil manifestantes.⁴³

Finalmente, con la misma rapidez y audacia con que los socialistas llegaron al poder, estos fueron derrocados el mismo 16 de junio. Horas después de la extraordinaria movilización obrera, una facción dentro de la junta revolucionaria, encabezada por Carlos Dávila, dio un golpe de mano. El nuevo grupo en el poder era más homogéneo: había solo ibañistas civiles y militares. Grove, Matte y otros líderes fueron conducidos a la Isla de Pascua; los estudiantes comunistas fueron confinados en Isla Mocha. En esos puntos permanecieron hasta fines de año. Únicamente

⁴² González Vera, *Cuando era muchacho*, p. 342.

⁴³ Rojas Flores, Jorge y otros. *Historia de los obreros de la construcción*. Santiago de Chile: PET, 1993, p. 39.

Schnake logró escapar y se mantuvo realizando agitaciones desde la clandestinidad hasta las elecciones de octubre de 1932.⁴⁴

Pese a su fugacidad en el poder y su derrota final, el socialismo local había ganado algo. Esto fue no solo la confluencia por primera vez de dos organizaciones socialistas, la NAP y la ARS, sino también su propio mito fundacional: la primera República socialista de América Latina. Esta confluencia derivaría en una alianza, bajo el nombre de Frente Único Socialista, para las elecciones de octubre. Dicho movimiento reunió a la NAP, la ARS y al Partido Socialista Unificado. Los napistas enfrentaron los comicios desde la clandestinidad y con sus principales líderes relegados; increíblemente, los resultados les sonrieron: la NAP fue la organización socialista con más congresistas electos: dos senadores y tres diputados. Grove obtuvo 65 mil votos como candidato presidencial y Matte Hurtado resultó elegido senador. La campaña electoral socialista había sido organizada por Schnake, lo que consolidó la unidad que se venía gestando desde principios de año.⁴⁵

LA DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA NAP

La *Declaración de principios*, publicada en 1932, es un documento ecléctico que refleja la variedad de influencias ideológicas que tenía el nuevo partido. En primer lugar, destacaban —como lo hemos señalado— las ideas francesas provenientes de la masonería. Por ejemplo, el artículo primero promovía los derechos del hombre y el ciudadano. El tercero llamaba la atención acerca de la protección de la familia: «diezmada y aniquilada por el utilitarismo actual, [a pesar de lo cual debía alcanzar] su plenitud de inspiración moral y espiritual, como célula social básica». En su artículo cuarto declaraba la igualdad de todos los hijos ante la ley y su defensa biológica contra las enfermedades y los vicios, idea que seguramente provenía de los médicos de la agrupación.⁴⁶

⁴⁴ Jobet, *El Partido Socialista*, p. 107; Waiss, *Chile vivo*, pp. 31-32.

⁴⁵ Jobet, *El Partido Socialista*, p. 107.

⁴⁶ Nueva Acción Pública, *Declaración de principios*, pp. 1-2.

La influencia del socialismo, el funcionalismo y el indoamericanismo se evidenciaba en el artículo quinto. En él, los napistas se reconocían como partidarios de la abolición de las «clases antagónicas» y auspiciaban la libre agrupación de los trabajadores manuales e intelectuales, con el fin de que se «genere [...] el Poder Público como fuerza inteligente, que guíe, regule, armonice y protege [sic] las actividades del pueblo».⁴⁷ Asimismo, el partido proponía la redistribución de la tierra, la socialización de los medios de producción y tener una base ética para que los bienes indispensables en la actividad económica no fueran privados. Para lograr todo esto, el país se debía reestructurar en «regiones económicas con vida y administración propias, manteniendo la unidad sólo en el orden político». La NAP retomaba así la vieja idea del federalismo, que había caracterizado a las fracciones más radicales del liberalismo local en las primeras décadas del siglo XIX, y la mezclaba con el marxismo contemporáneo. Finalmente, los miembros del partido se declaraban antiimperialistas, en solidaridad con el mundo, y anhelaban la plenitud de la vida humana, para lo cual planteaban elevar la «cultura y los sentimientos».⁴⁸

En su estructura, la NAP conjugaba dos elementos. Por una parte, respondía a la estrategia organizativa de construir «frentes» que unieran distintas clases sociales antioligárquicas. Por la otra, tenía una mezcla piramidal de organización por células o núcleos y otra transversal de orgánicas destinadas al cultivo intelectual y cultural de sus miembros. Por ello, si bien su orientación era latinoamericanista y seguía la idea del Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales Indoamericanos, originaria del APRA, su estructura orgánica era de origen masónico y marxista.

La estructura de la NAP fue más visible que la de otros grupos socialistas. Un Comité Central Ejecutivo se encargaba de la dirección del partido. En su forma de reclutamiento de nuevos miembros del movimiento había un afán selectivo: «Nuestra orgánica selecciona sus elementos entre aquellos más capacitados o mejor preparados»; los miembros

⁴⁷ *Ib.*, p. 4.

⁴⁸ *Ib.*

provenían de «escuelas, academias, Universidades, Institutos técnicos». Los núcleos, subcomités y comités locales «completan su perfeccionamiento en disciplina y en la acción», y articulaban a la organización local y territorialmente. Los «núcleos a base funcional» reunían entre cinco y veinticinco militantes que tenían por objetivo actuar con eficiencia y nutrirse del espíritu de solidaridad que los animaba. En estos cuerpos se desarrollaba la acción de los napistas, quienes se congregaban teniendo en cuenta su ocupación, oficio o profesión. Los miembros «tienen por objetivo esencial [sic], estudiar sus propias necesidades, sus más sentidos problemas y proponer sus soluciones. Los núcleos son así las antenas que captan la vida nacional y que orientan en la solución técnica, económica, social o política de los problemas, dentro de las propias realidades».⁴⁹ Puede verse que el funcionalismo —que planteaba la organización de la sociedad según la función que realizaba cada individuo en ella— y la técnica (o tecnología) tenían una notoria importancia. Este aspecto era novedoso para un grupo de izquierda, porque era compartido con organizaciones de tipo exclusivamente sindicalista y otras de corte fascista. Curioso también era que los niños pudieran ser inscritos por sus padres en los registros de la organización, puesto que esta era concebida como institución y no como partido. Tanto en este aspecto como en el de la familia, los miembros pretendían asumir la profunda desagregación social, es decir, la NAP estaba a medio camino entre las mutuales de tipo asistencial y solidario del siglo XIX y una representación política moderna.

El partido estaba organizado en ocho comités regionales, con sede en Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Rancagua, Concepción, Temuco, Valdivia y Punta Arenas.⁵⁰ Su poder central radicaba en el llamado «Poder

⁴⁹ «Napismo y socialismo», *Nueva Acción Pública*. 4 (25 de febrero de 1933), p. 2.

⁵⁰ Nueva Acción Pública, *Declaración de principios*, p. 10. Con respecto a la presencia del socialismo en las regiones, un estudio anterior enfocado en Magallanes no arrojó evidencia de la presencia de napistas en esa zona de Chile. Más bien, los socialistas marxistas constituyeron la única fuerza socialista organizada en Punta Arenas, la que después se unió al Partido Socialista de Chile (Moraga, «Vanguardias políticas en Magallanes», p. 12).

Voluntad», compuesto por el Comité Central Ejecutivo; este obraba en representación de la Convención, cuerpo que ejercía la autoridad principal en la NAP.

Un «Poder Inteligencia», el legado más claramente masónico, elaboraba las directrices y propuestas políticas e ideológicas. Estaba compuesto por tres organismos autónomos: la Academia, la Universidad Social y el Instituto Técnico Económico. La primera era un «centro de investigaciones encargado de trazar las finalidades de la institución en materia cultural e ideológica». Para ser consejero de la Academia se requerían «personalidad y reputación reconocida en materia científica, filosófica, sociológica, ética, estética, mística y política». Sus encargados eran los señores Pérez Gacitúa, Guillermo Izquierdo y Santiago García.⁵¹ Por su parte, el Instituto Técnico Económico elaboraba soluciones integrales a los problemas económicos, para lo cual fijaba diversos programas y la manera como se llevarían a cabo. En el cumplimiento de esta función, recibía de los otros poderes la cooperación necesaria. Sus miembros debían tener «versación y reputación reconocidas en materias económicas nacionales e indoamericanas». Estaba a cargo de los militantes Momberg, García y Soza. Por último, la Universidad Social debía propender al enaltecimiento de la cultura y a la difusión de los principios de acción social de la NAP, además de buscar la solución integral a diversos problemas. La convención de Concepción puso al frente de este cuerpo a A. Craz Pedregal, A. de la Cruz y Octavio Larraín.⁵² Este organismo seguía el modelo de las universidades populares y contó con *Acción*, un periódico fugaz cuyo primer número salió a luz dos días antes del golpe del 4 de junio y el segundo en agosto de 1932, cuando la represión del gobierno de Dávila se dejaba sentir sobre las organizaciones de izquierda.

⁵¹ Nueva Acción Pública, *Declaración de principios*, p. 14; «Después de una jornada de intensa labor, clausuró anoche sus sesiones la convención de la NAP». *El Sur*. (21 de marzo de 1932), portada y p. 20.

⁵² Nueva Acción Pública, *Declaración de principios*, pp. 15-16; «Después de una jornada de intensa labor, clausuró anoche sus sesiones la convención de la NAP». *El Sur*. (21 de marzo de 1932), portada.

El «Poder Armonía», por su parte, tenía por finalidad mantener y consolidar la unión de los trabajadores intelectuales y manuales, así como la armonía entre los miembros de la NAP, promoviendo el perfeccionamiento individual y la solidaridad humana: «Corresponde especialmente al Poder Armonía: Inspirar una actitud espiritual a los napistas reemplazando el egoísmo por un sentido heroico de la vida que dé a ésta una significación más humana de realización colectiva».⁵³ Podemos ver que la ecléctica base ideológica de la organización y su estructura mezclaban conceptos políticos de diverso origen con formas organizacionales distintas.

EL PERIÓDICO *NUEVA ACCIÓN PÚBLICA*

En enero de 1933, la Nueva Acción Pública sacó a luz un periódico homónimo. La aparición de este órgano oficial representaba un mayor grado de organización interna y el crecimiento del partido. La iniciativa le correspondía al núcleo «Reivindicación» de Santiago. El periódico aparecería los lunes y jueves (esta periodicidad no fue cumplida, ya que lo hizo cada quince días), la suscripción costaría 3,60 pesos por tres meses y se podía adquirir en la Secretaría General de la organización, ubicada en Bandera 815, en el centro de la capital chilena. Asimismo, contaba con cuatro páginas tamaño tabloide y se tiraba en una imprenta ubicada en la calle Arturo Prat 408. Su primer editorial puntualizaba lo siguiente:

La NAP como cerebro común de un gran grupo de trabajadores manuales e intelectuales, necesita imponer su ideología en el caos predominante y desorden existente, inculcar sus doctrinas en las conciencias de los verdaderos ciudadanos y alumbrar las mentes sanas que se debaten en la búsqueda de orientaciones idealistas, definidas de acuerdo con la realidad nacional e indo-americana.⁵⁴

⁵³ Nueva Acción Pública, *Declaración de principios*, pp. 17-18.

⁵⁴ Matte Hurtado, Eugenio. «Nuestro camino». *Nueva Acción Pública*. 1 (19 de enero de 1933), p. 1.

El periódico estaba dirigido por Ricardo Echeverría y era organizado por el «Poder Voluntad». Cooperaban en él los comisarios de núcleo de la provincia de Santiago, los secretarios de los comités locales de toda la República y «las clases trabajadoras del país».

El primer editorial, titulado «Nuestro camino», fue escrito por Eugenio Matte Hurtado. En él definía que el «napismo» no era solo

una “doctrina de renovación integral”, sino también una actitud mental y sentimental nueva que permite a todos los “napistas” adquirir un concepto heroico de la vida que nos permita afrontar todas las pruebas, todos los peligros y hasta rendir la vida en aras de nuestros ideales de perfección individual, y de redención material y espiritual de la colectividad.⁵⁵

El lenguaje redentorista y utópico de la organización la ubicó no solo como un simple partido político, sino también como una especie de secta o cofradía, influencia obviamente masona, que trataba de recrear el sentido de pertenencia a un grupo cerrado. No debe sorprender entonces que sus miembros promovieran el esfuerzo en el estudio, la acción y el sacrificio que señalaba su «Estatuto orgánico», pues esto era necesario para alcanzar un bien superior: «la gran causa de la redención de los trabajadores intelectuales y manuales por la emancipación económica de Chile e Indo-América».

En el editorial, Matte Hurtado fijó también las tareas de cada uno de los organismos de la NAP, como los comités locales y la Universidad Social (un «gran centro de extensión cultural, de investigación técnica y de difusión doctrinaria»). El «Poder Armonía» ejecutaba una labor «depuradora de nuestras filas —en la que debe ser implacable— y debe estar inspirada por el más alto espíritu de justicia». Finalmente, el Comité Central Ejecutivo, el «órgano sensible e inteligente», cumplía las directrices de la agrupación y aclaraba el carácter, el que se encontraba, según la NAP, «muy por encima» del de un partido tradicional, ya fuera de derecha o de izquierda.⁵⁶

⁵⁵ Ib.

⁵⁶ Ib., p. 2.

«Salubridad», un texto del médico Óscar Cifuentes Solar, nos permite entender más el ideario napista. El galeno comenzaba explicando tanto la medicina preventiva (higiene) como la curativa (asistencial), las que mezclaban directivas «netamente técnicas» con la «función social sanitaria». Citaba una máxima del higienista francés P. Courmont: «fe en la ciencia, disciplina en el pueblo, altruismo en los dirigentes». Ello llevaba tanto a la crítica del sistema de salud existente como del liberalismo individualista:

Con respecto a la asistencia social, la escuela y la organización del Estado liberal no hace otra cosa que preparar y armar al profesional para que, en beneficio propio, pueda explotar mejor al “hombre por el hombre” y en cuanto a los servicios públicos de asistencia social, marcarlos con el estigma de un fin especulativo en el orden económico y con la irritante separación de las clases sociales y como consecuencia de ello la desigualdad de atenciones que recibe el individuo.⁵⁷

Cifuentes ubicaba a Chile como uno de los países «despoblados» de Indoamérica, el cual tenía además enormes problemas de salubridad: desnutrición, raquitismo, «enfermedades de trascendencia social [venéreas], alcoholismo, inasistencia social, además de otros como mala habitación y anarquía legislativa», y un largo etcétera. Abogaba por un «organismo de defensa nacional», como un Ministerio de Salubridad Nacional o un Consejo de Salubridad Nacional, que asumiera la responsabilidad de la salud pública. Para ello era necesario ampliar la burocracia estatal, la que debía contar con «independencia y recursos». Lo anterior no podía ser otorgado por el Estado liberal, sino por un gobierno que representara el interés colectivo y no simplemente el individual. Para Cifuentes, se necesitaba un régimen en que la salubridad fuera un problema *técnico* y no de «politiquería», y en que los profesionales de la salud no fueran otra cosa que trabajadores bajo cuyo cargo y responsabilidad estuviera una función vital de conservación y mejoramiento del «organismo social». ⁵⁸ Esta —en palabras del columnista— «sociatización» de la

⁵⁷ Cifuentes Solar, Óscar. «Salubridad». *Nueva Acción Pública*. 1 (19 de enero de 1933), p. 2.

⁵⁸ *Ib.*

medicina conllevaba transformar la escuela de profesionales liberales en otra formadora de «técnicos encargados de una función social». Este era el camino para desaparecer las desigualdades sociales mediante los avances de la ciencia, que eran un patrimonio de toda la humanidad. Cifuentes terminaba sentenciando lo siguiente: «[la] Salubridad, en la amplia acepción de la palabra, será una realidad tangible solo dentro de un régimen de gobierno socialista».

Por otra parte, la NAP no rindió un culto exclusivo a las ideas apristas. No hay en las columnas de *Nueva Acción Pública* mayores referencias a los ideales propagados por Haya de la Torre ni a los cinco puntos aparecidos en *Labour Monthly*. Esto se puede apreciar en el editorial titulado «Capitalismo extranjero y nacional», que constituía una oportunidad nada despreciable para promover las ideas indoamericanistas. Allí el análisis parece más cercano al marxismo, y, pese a hablar del «avasallamiento imperialista» respecto de la presencia de un «Estado dentro del Estado» en las explotaciones mineras, al concepto de capitalismo se le da la misma importancia que al de imperialismo.⁵⁹

De otro lado, a los napistas parece haberles interesado diferenciarse en el debate ideológico de la izquierda chilena de la época. Por ejemplo, en el artículo llamado «Napismo y comunismo» aclaraban que su organización «estima la prosperidad material sólo como una etapa de la marcha evolutiva, y que, en su aspecto internacional, quiere iniciar su obra por la formación de un cuerpo de doctrinas que tienda a hacer de Indo América un solo conglomerado económico, cultural y político». Se deslindaban del comunismo: «Nuestro radio de acción, no es pues, el de ninguno de los partidos políticos actuales, ni puede tener concomitancia con las exageraciones y fanatismos rojos». Sin embargo, los napistas estaban lejos de ser totalmente anticomunistas; por el contrario, sostenían que «la NAP no repudia ninguna doctrina que tienda al mejoramiento efectivo de la vida humana». Por ello, doctrinariamente se sentían «más cerca del comunismo» por su planteamiento de que los medios de

⁵⁹ «Capitalismo extranjero y nacional». *Nueva Acción Pública*. 4 (26 de enero de 1933), p. 1.

producción y consumo fueran comunes, por su objetivo de «dignificar y hacer obligatorio el trabajo», y porque buscaba la satisfacción de las necesidades vitales de los individuos.⁶⁰

Otro punto de encuentro que tenía la NAP con el comunismo se daba en el ámbito doctrinario y filosófico, pues ambos movimientos apostaban por la liberación del hombre. No obstante, los napistas rechazaban el sectarismo y la intransigencia dogmática que no aceptaba como proletario sino al trabajador manual o «sin cuello»; por lo tanto, con el comunismo no «habrá posibilidad alguna de que haya entendimiento social o político». Para la NAP, el hombre era la célula primaria que había que dignificar «en el trabajo y en la perfección física, moral e intelectual, y sobre esta base dignifica la familia». En el plano internacional, los napistas propugnaban unificar la «familia indoamericana porque geográfica, racial y económicamente, todos tienen los mismos problemas».⁶¹ Asimismo, trataban de ajustar cuentas con el tema que había generado grandes debates en la izquierda en la década pasada, la Revolución Rusa, a la que definía como el gran laboratorio social:

⁶⁰ «Napismo y comunismo». *Nueva Acción Pública*, nro. 2, 23 de enero de 1933, p. 2.

⁶¹ El discurso anticomunista, largamente cultivado en las filas del PAP, no tuvo eco en los sectores socialistas chilenos, salvo en la ARS, formada principalmente por ex líderes anarquistas, como el obrero Augusto Pinto y los ex presidentes de la Federación de Estudiantes Eugenio González y Óscar Schnake. Es más, la ARS fue la organización chilena que llevó a Manuel Seoane desde su exilio en Argentina a Chile y lo recibió oficialmente. Por razones obvias, el anticomunismo también fue muy escuchado en las filas trotskistas. Óscar Waiss, entonces un joven «comunista de izquierda» (trotskista), recordaba alegremente el discurso de Seoane de 1932 en el teatro Caupolicán, pues fustigó a los «rabanitos» —como les llamaba a los comunistas— por ser «rojos por fuera y blancos [derechistas] por dentro» (*Chile vivo*, p. 45; sin embargo, Waiss ubica el discurso en 1933 y en el teatro Septiembre). Sobre la visita de Seoane y sus relaciones con la ARS, revisar Grove. 7 (23 de octubre de 1932), p. 2. El texto del discurso fue publicado como folleto: véase Seoane, Manuel. *Comunistas criollos. Disección polémica de la charlatanería roja*. Santiago de Chile: Editorial Indoamericana, 1933. El testimonio de un testigo directo del evento se puede encontrar en Townsend Ezcurra, Andrés. *50 años de aprismo. Memorias, ensayos y discursos de un militante*. Lima, Editorial e Imprenta Desa, 1989, pp. 243-248.

Allí se encuentran las lecciones más profundas y fundamentales para la futura organización de los pueblos; allí se ha hecho carne la realidad, ante la derrota estruendosa de misticismos y de especulaciones ideológicas. Rusia nos enseña todas las posibilidades que encierran los más sólidos principios y las más definidas orientaciones de bien patrio, cuando hay caracteres bien templados, capaces de posponer su egoísmo al bien de la familia, de la sociedad y de la patria. Bebamos en el heroico esfuerzo, en el hecho formidable de la República Soviética, toda la experiencia de su vida de tres lustros, y sabremos hacer al hombre, a la sociedad y a la patria que la humanidad necesita para el triunfo de sus más generosas y altruistas idealidades.⁶²

En los números siguientes, los napistas aclararon su horizonte ideológico. El artículo «Napismo y socialismo» hablaba contra la concepción individualista del hombre, a la que oponía la socialista («por el hombre y para la sociedad»). Los principios del movimiento, «esencialmente socialistas», eran en sí un programa de acción:

La NAP proclama que la Sociedad debe fundamentarse en el derecho que cada hombre tiene a vivir y trabajar para alcanzar su completo desarrollo físico, intelectual y moral, sin ser esclavo de la producción; que la educación debe habilitarlo para reemplazar el concepto individualista y de clase en que actualmente vive por el de cooperación y solidaridad sociales, que quiere la distribución de la tierra y socialización de los medios de producción y de cambio.⁶³

Además, la agrupación buscaba diferenciarse de los partidos tradicionales tratando de abarcar más esferas del desarrollo social que las meramente políticas: por ello, la NAP «divide su acción en cultural, económica, política y social. Atender a la cultura, elevar los sentimientos por la práctica de las virtudes y la adquisición de la verdad, aherrojando el prejuicio y dándole a la razón y a la ciencia la preeminencia que le señalan sus conquistas, es consecuentemente, obligación de cada napista».⁶⁴

⁶² «Napismo y comunismo». *Nueva Acción Pública*. 2 (23 de enero de 1933, p. 3). Los conceptos de individuo, sociedad, patria y humanidad (en ese orden) eran claves en los planteamientos ideológicos de la positivista «religión de la humanidad». Véase Moraga, «*Muchachos casi silvestres*», pp. 252-253.

⁶³ «Napismo y socialismo», p. 3.

⁶⁴ *Ib.*

Otros artículos posicionaban a la organización en el debate latinoamericano. «¡Contra la Guerra!» mostraba su descontento con los conflictos de El Chaco y Leticia; acusaba a los «gobiernos plutocráticos, al servicio del capitalismo yankee y británico, que azuzan e incitan a las naciones hermanas indo-americanas a una guerra fratricida y de exterminio». A esta situación la NAP oponía la solidaridad continental y llamaba a los «trabajadores intelectuales y manuales de Indo-América a unirse en una sola protesta».⁶⁵ Estas definiciones fueron rechazadas por el Partido Comunista (PC) local, que enfatizó las cercanías del socialismo chileno —no específicamente de la NAP— con el aprismo cuando ya se habían unificado los diversos grupos socialistas en un solo partido. El PC caracterizó al partido unificado como una «base de sentimientos revolucionarios y una directiva [...] contraria a esa tendencia, representando un socialismo colaboracionista, un[a] especie de socialismo capitalista, tal cual lo había anunciado Haya de la Torre en el Perú».⁶⁶

No hubo mucha relación entre el periódico napista y *La Tribuna*, el órgano oficial del PAP, de más larga y accidentada vida (desde 1931 hasta aproximadamente 1945). Un análisis rápido de sus contenidos en fechas similares de publicación, de 1931 a 1932 (*La Tribuna* dejó de salir a luz en febrero de este último año, pero fue relanzada en octubre de 1933), muestra líneas editoriales y públicos objetivos distintos. Mientras *Nueva Acción Pública* se centraba en el debate teórico y se dirigía a un lector relativamente educado, *La Tribuna* pretendía llegar a un público masivo, preferentemente del pueblo. El medio peruano tenía formato de diario y una periodicidad más corta; *Nueva Acción Pública*, en cambio, aparecía irregularmente. Esta diferencia probablemente se deba a que, para el periodo que estamos analizando, la revista *APRA*, fundada en 1930 y de periodicidad semanal, cumplía más cabalmente con ser el órgano de debate teórico del PAP, mientras que el medio chileno trataba de ser un periódico informativo y de debate a la vez.

⁶⁵ «¡Contra la Guerra!». *Nueva Acción Pública*. 2 (23 de enero de 1933), p. 4.

⁶⁶ Moya, Juan María. «La Crisis del Partido Socialista». *Principios*. 1/11 (24 de abril de 1934), p. 2.

Así, entre el PAP y la NAP habría habido diferencias profundas. La misma influencia de los exiliados peruanos en el napismo y en el futuro Partido Socialista chileno parece haber tenido muchos límites, no obstante la cercanía cultural de ambas naciones y las solidaridades políticas. Alfredo Saco abandonaría Chile con dirección a México, donde tuvo un papel más relevante en el debate teórico y político de la izquierda local. En el contexto de su actuación como exiliado e ideólogo, fue delegado en el Congreso Constituyente de la Confederación de Estudiantes Socialistas Unificados de México, en 1937. Allí explicó las razones por las cuales el aprismo no había adoptado el socialismo; asimismo, emitió un balance lapidario del proceso anterior a la unificación del socialismo chileno:

Hasta 1932, época en que fui deportado a ese país por la tiranía de Sánchez Cerro, existían no menos de 10 agrupaciones de disímil tendencia, que recibían el calificativo de partidos socialistas. Existían el Partido Socialista Marxista, La Orden Socialista, el Partido Socialista Católico, etc., etc., y no es raro, como sucede en cualquiera de nuestros pueblos, que más de un individuo de mentalidad eminentemente conservadora se titule asimismo socialista y no tenga reparo en decirlo porque alguna vez se conmovió y dio alguna limosna.⁶⁷

No mencionó en ningún momento a sus ex camaradas de la NAP. Una cierta desconfianza mutua parece haber alejado paulatinamente a dos organizaciones con génesis similares. No obstante, si bien en su origen habían tenido coincidencias, las raíces ideológicas eran las que diferenciaban a ambos partidos: la influencia masónica, el debate sobre el comunismo, el público al que se dirigían eran los elementos que hacían que ambos proyectos fueran cercanos únicamente por el lugar que

⁶⁷ Es una exageración hablar de la expresión orgánica de un «socialismo católico». Probablemente, Saco se refiera a ciertas agrupaciones socialcristianas que no tomaron parte en la formación del Partido Socialista en 1933. La más conocida fue el efímero Partido Social Sindicalista, dirigido por el laico católico Clotario Blest Riffo, el cual se organizó al calor de la «República Socialista» del 4 de junio de 1932. Dicha agrupación mezclaba ideas sociales comunitarias y postulados corporativistas de intervención estatal en la economía. Véase Moraga, *Sueños de arte y revolución*. Los juicios de Saco se encuentran en González Calzada, Manuel. *Juventud izquierdista de México*. México: DAAP, 1938, p. 116.

ocupaban en el espectro político. ¿Los separaría aún más la compleja situación política después de 1932?

CONTINGENCIA Y DEFINICIONES

Las vicisitudes políticas que debió enfrentar la NAP en un corto periodo parecen haber marcado profundamente su accionar posterior. El 21 de diciembre de 1932 fue encontrado en Quinta Normal, una comuna popular de Santiago, el cadáver de Luis Mesa Bell, director de la revista *Wikén*. Al momento de su muerte, tenía solo 30 años y era militante de la NAP. Había desarrollado una meteórica carrera en el periodismo: de redactor de *La Nación* había pasado a la dirección de *El Correo de Valdivia* y *La Crónica*, además de participar en la fundación de otros medios de corte político. En *Wikén*, pasó rápidamente de colaborador a redactor y luego a director gracias a que modificó su estilo liviano y de variedades por otro más agresivo e ideológico, semejante al que ya había ensayado en *La Crónica*. Así, se sucedieron las denuncias sobre los corredores de la bolsa negra,⁶⁸ los servicios de aseo y jardines, las Milicias Republicanas y el tráfico de morfina, heroína, cocaína y opio en Valparaíso, lo que ocurría debido a la inoperancia policial.⁶⁹

En octubre de 1932, Mesa inició la investigación del «caso Anabalón», asunto que lo llevaría a la muerte. Desde el 22 de ese mes, el periodista denunció la desaparición de cuatro opositores a la dictadura de Dávila, entre ellos Manuel Anabalón Aedo. Este último, de 20 años, era profesor de primaria en Antofagasta y militante comunista; fue apresado y enviado hacia el sur en el vapor Aisén. En Valparaíso fue entregado a la policía, la

⁶⁸ Es decir, especuladores y traficantes de divisas cuyo comercio estaba prohibido en la época.

⁶⁹ Las Milicias Republicanas fueron un grupo paramilitar organizado por civiles al amparo del gobierno de Alessandri, con el fin de frenar el golpismo existente en el ejército luego de la caída de Ibáñez. Formado principalmente por jóvenes oligarcas y de clase media alta, llegó a contar con unos diez mil hombres. Fue disuelto por el Congreso Nacional en 1936, después de una ardua batalla legislativa. Un estudio sobre el tema en Valdivia, Verónica. *Las Milicias Republicanas. Los civiles en armas, 1932-1936*. Santiago de Chile: DIBAM, 1992.

cual lo «fondeó» (lo lanzó al mar). Mesa investigó el caso hasta encontrar el cadáver de Anabalón; culpó de su muerte al prefecto Rencoret, de la Sección de Seguridad de la Policía de Investigaciones de ese puerto.⁷⁰ El periodista acusó a la policía de cometer «las flagelaciones más horripilantes, los secuestros arbitrarios y las detenciones más abominables [que] quedaban sin castigo alguno». A fines de ese año, publicó el último reportaje sobre el caso: «La Sección de Seguridad: vergüenza y baldón del cuerpo de carabineros».⁷¹ Mesa fue secuestrado el 20 de diciembre; cuando lo encontraron, su cuerpo estaba destrozado y lucía huellas de tortura. Fue el primer mártir de la NAP y del socialismo local.

En marzo de 1933, la contingencia nuevamente obligó a los napistas a ocuparse de la acción más que de la doctrina. Un asalto a la sede del partido el día 9, protagonizado por la Sección de Investigaciones de la Policía, provocó que el periódico oficial denunciara el atropello en varias columnas. La ofensiva policiaca había afectado no solo al local de la NAP, ubicado en San Diego número 237, sino también —una cuadra más allá, en el 347 de la misma calle— a la sede de la ARS (los socios de los napistas en la «República Socialista»), donde funcionaban también el Partido Socialista Unificado y varias instituciones obreras. Los policías descerrajaron puertas y chapas, abrieron cajones, robaron dinero y destruyeron mobiliario.

Una reunión extraordinaria de los napistas designó a Enrique Mozó Merino, Eugenio Matte Hurtado y Carlos Alberto Martínez para que se entrevistaran con el ministro Horacio Hevia. Además, los integrantes del partido iniciaron una campaña en la prensa para denunciar el hecho e instruyeron a sus parlamentarios para que hicieran lo propio en el Congreso. El jefe de la policía, Álvarez Salamanca, respondió que habían procedido en virtud de una orden del juez Campos, de la Corte Suprema,

⁷⁰ Maldonado Prieto, Carlos y Ernesto Águila. «Orden público en el Chile del siglo XX: trayectoria de una policía militarizada». En Waldmann, Peter (ed.). *Justicia en la calle. Ensayos sobre la policía en América Latina*. Buenos Aires: Konrad Adenauer Stiftung, Univeritat Augsburg, CIEDLA, 1996, pp. 73-97.

⁷¹ Mesa Bell, Luis. «La Sección de Seguridad: vergüenza y baldón del cuerpo de carabineros». *Wikén*. 46 (diciembre de 1932), pp. 20-22.

y un proceso sobre «guardias rojas». Ahora bien, ante la indiferencia de Hevia, el comité local de Santiago pasó a la ofensiva y organizó «comicios relámpago» en distintos barrios para denunciar el atropello. Según *Nueva Acción Pública*, este era parte de una escalada iniciada el 25 de febrero, fecha en que se atacó a la Orden Socialista y al Partido Socialista Marxista; así, había una ofensiva contra todos los partidos del Frente Único Socialista.⁷² La excusa de buscar la existencia de «guardias rojas» ocultaba algo más, pues con la anuencia de casi todos los partidos del Congreso y con la sola excepción del parlamentario radical Carlos Vicuña Fuentes, el gobierno apoyaba distintos grupos de choque y, en especial, a las llamadas «Milicias Republicanas». Un artículo se preguntaba: «¿Por qué el gobierno no persigue a ésta[s]? Sencillamente porque el régimen capitalista cifra en el fascismo su única esperanza de salvación».⁷³

Los napistas siguieron denunciando las persecuciones y acuerdos entre Alessandri y el Partido Radical en contra del socialismo. El 25 de marzo (*Nueva Acción Pública* ya salía semanalmente) se leía en una carta: «La Convención de Presidentes de Juntas Provinciales del Partido Radical renueva su fe en la acción del Presidente de la República para resguardar el orden constitucional de la nación y para realizar su programa político, económico y social y, en tal sentido, reitera su leal adhesión».⁷⁴ Aparentemente, la misiva no pasaba de ser una comunicación ordinaria entre un partido gobiernista y el presidente. Pero Matte Hurtado denunciaba que Alessandri, aprovechando la oportunidad de responder a esta muestra de apoyo, «lanza sobre el país y en especial sobre ciertos sectores de ideología política, económica y social, una lluvia de amenazas de represión y persecución, y aun de dicitos de calibre análogo al que conoció el país en 1923 y 1924».⁷⁵ Según el ex masón, Alessandri acusaba a los miembros

⁷² «Asalto a nuestro local». *Nueva Acción Pública*. 6 (18 de marzo de 1933), p. 1.

⁷³ «Sevaro». «Acotaciones sobre el asalto». *Nueva Acción Pública*. 6 (18 de marzo de 1933), p. 3. Una semblanza de la evolución intelectual y política de Vicuña Fuentes en Moraga, «*Muchachos casi silvestres*», pp. 329-334.

⁷⁴ Matte Hurtado, Eugenio. «Lluvia de amenazas». *Nueva Acción Pública*. 7 (25 de marzo de 1933), p. 3.

⁷⁵ Ib. Matte Hurtado se refería a la actitud represiva de Alessandri durante su primer

de la izquierda de delincuentes y planeaba echar mano del decreto-ley número 50, promulgado por Carlos Dávila (que aprobaba la pena de muerte a los opositores), y «[d]el no menos feroz N° 637», aprobado por Blanche, para suprimir las actividades de los que promovían el «cambio de régimen». Matte Hurtado, además, denunciaba la inconsistencia política de Alessandri, pues este, hacia el final del mandato de Montero (poco antes de ser derrocado por la «República Socialista» del 4 de junio), había promovido el reemplazo del sistema político por la ineficacia del mismo. El ex masón indicó que la postura de las organizaciones del Frente Único Socialista era que el proceso histórico de la humanidad llevaba indefectiblemente a dicha transformación. En virtud de ello, la «función económica» debía organizarse «en servicio de la colectividad para satisfacción de sus necesidades y de su progreso». Esto implicaba que el sistema capitalista individualista debía ser reemplazado por otro colectivista y socialista, lo cual conllevaba una «transformación fundamental en la organización y en las normas de la sociedad actual, transformación que sólo puede tener, como base y como instrumento, a los trabajadores manuales e intelectuales debidamente organizados, disciplinados y adoctrinados».⁷⁶

Si bien el proceso de unidad socialista se había puesto en marcha a propósito de una coyuntura electoral, también se debía a motivaciones ideológicas basadas en un genérico marxismo (común también en el aprismo de la época); pero, sobre todo, era un proceso político abierto a muchas propuestas e interpretaciones que caracterizaban a la izquierda de la época. Por ello, pese a que —como vemos— el napismo estaba lejos de ser un «partido hermano» del PAP, sus miembros apoyaron el alzamiento aprista en Trujillo de 1932. Señalaron que los «votos de franco éxito que en nuestros corazones alzábamos por el derrocamiento del neurasténico tiranuelo Sánchez Cerro, se convierten hoy en resignación esperanzada ante los hechos acaecidos y una futura rebelión más halagadora».⁷⁷

gobierno (1920-1925), en el que apoyó las matanzas de obreros efectuadas por el ejército en San Gregorio y La Coruña, y se persiguieron a los partidos de izquierda y a los estudiantes organizados. Véase Moraga, «*Muchachos casi silvestres*», pp. 306-334.

⁷⁶ Matte Hurtado, «Lluvia de amenazas».

⁷⁷ «Clarinadas, Rebelión peruana». *Nueva Acción Pública*. 7 (25 de marzo de 1933), p. 4.

En paralelo, el napismo crecía no solo orgánica, sino también numéricamente. Las circulares en el periódico oficial dan cuenta de comités locales en el centro del país, en ciudades como Valparaíso, Los Andes, La Calera y Rancagua; en el sur, en localidades y pueblos como Puerto Aysén y Río Blanco; e intentos de articularse en Quitratué y Puerto Varas. Además, por medio de *Nueva Acción Pública*, la dirección santiaguina solicitó a los comités de Tocopilla, Talca, Chillán y Concepción que se contactaran con ella; y a los militantes de Aysén, Magallanes, Osorno y Antofagasta que comunicaran las necesidades de sus respectivas zonas para hacer campaña por medio del periódico.⁷⁸

Otras preocupaciones de *Nueva Acción Pública* fueron de orden más político. Así se aprecia en el editorial del número 5 del mes de marzo de 1933, titulado «Los partidos históricos y los de vanguardia», que analiza el movidizo cuadro y la emergencia de nuevos grupos socialistas. El texto abominaba la «idolatría de los caudillastros» que mantenían desunida a la izquierda y que la habían llevado al fracaso electoral.⁷⁹

Distinto fue el panorama cuando hubo unidad. Las fuerzas socialistas llevaron al Senado a Eugenio Matte y a la Cámara de Diputados a Carlos Alberto Martínez y Verdugo Martínez. El Frente Único Socialista había aglutinado a todos los grupos para el mencionado éxito electoral. El editorial sostenía que la elección del ex masón y del ex líder obrero «probaban que los postulados del 4 de junio no han sido olvidados... por las clases oprimidas», además de refutar a los senadores de derecha por no tener otro baluarte que el dinero y el uso de la religión para engañar al pueblo.⁸⁰ Finalmente, se llamaba a la unidad de los «partidos nuevos por la conquista de una humanidad nueva, en que ha de reinar la justicia, la igualdad y la libertad». Así quedaban sentadas las bases para la unidad orgánica del socialismo local.

La presencia en el Congreso Nacional fue aprovechada por los napistas para iniciar su labor ideológica. El 24 de enero de 1933, Carlos Alberto

⁷⁸ «Informaciones de provincia». *Nueva Acción Pública*. 6 (18 de marzo de 1933), p. 3.

⁷⁹ «Los partidos históricos y los de vanguardia». *Nueva Acción Pública*. 5 (11 de marzo de 1933), p. 1.

⁸⁰ *Ib.*

Martínez pronunció sendos discursos a favor del voto femenino y en contra de la Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, y el conflicto de Leticia, entre Colombia y el Perú. Con respecto al primer tema, despejó los temores poniendo como ejemplo aquellos países donde dicho voto ya existía (Inglaterra, Alemania, Canadá, Austria, Estados Unidos y Uruguay). Asimismo, rebatió los argumentos en contra:

A nuestro juicio la corriente que está abiertamente en pugna con el deseo de liberación de la mujer en materia política, para llegar más tarde a la liberación civil y económica de la mujer, está repartida entre los elementos retardatarios del progreso [y] aun entre los elementos de avanzada. Creemos que no es tanta la incapacidad política y electoral de la mujer, la que se discute, como el temor [que] a estas corrientes asalta al concederles este derecho, pensando qué corriente será la beneficiada con el gran cuociente del voto femenino.⁸¹

En su segundo discurso, Martínez propuso un voto de acuerdo que decía textualmente: «La Cámara de Diputados de Chile llama a la concordia y a la paz a los países hermanos que hoy se encuentran en estado de guerra». Agregó que «a la guerra en América habría que oponer una estrecha unión de América, para salvar del dolor a las multitudes sin pan y sin abrigo que sufren en cada país los horrores de la crisis».⁸² Su pedido fue aprobado por unanimidad. Ahora bien, hay en este discurso del experimentado dirigente sindical una síntesis de los elementos centrales del debate ideológico de la época que no son necesariamente apristas: habla en particular de la guerra promovida por los intereses de compañías capitalistas internacionales. Así, en el planteamiento de Martínez hay más elementos del pacifismo y el internacionalismo proletario de la anterior década que del indoamericanismo y el antiimperialismo de los años treinta. De hecho, no mencionó los dos últimos conceptos. Esto proba-

⁸¹ Martínez, Carlos Alberto. «Los derechos políticos de la mujer. Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados el 24 de enero de 1933». Separata de *Nueva Acción Pública*. 4 (30 de enero de 1933).

⁸² Martínez, Carlos Alberto. «La guerra en Sud América. Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados el 24 de enero de 1933». *Nueva Acción Pública*. 4 (30 de enero de 1933). También denunció el despido, por parte del ministro de Educación, de cien maestros que habían participado en una convención magisterial en Concepción.

blemente se debió a su matriz teórica, que provenía de su experiencia en el Partido Obrero Socialista de Luis Emilio Recabarren, agrupación que, en enero de 1922, suscribió los veinte puntos de la Tercera Internacional y se transformó en el Partido Comunista de Chile.

El 25 de enero de 1933, Matte Hurtado pronunció un discurso en el Senado en el que expuso el programa de la NAP. Según Julio César Jobet, la intervención suscitó una larga polémica con los representantes de los partidos tradicionales. Pero el senador más bien debió responder a los intentos de comparar el régimen del 4 de junio con la dictadura que estableció Dávila. Matte pronunció un discurso antiliberal y antioligárquico en el que denunció la complicidad de algunos partidos históricos con dicho mandatario, quien había establecido la censura a la prensa, el estado de sitio y la pena de muerte. A ello opuso las acciones del efímero gobierno socialista. Entre otras, mencionó las siguientes: la división del Ministerio de Bienestar Social en dos, Trabajo y Salubridad Pública; la disolución del «Congreso Termal»;⁸³ la creación del Consejo Económico y Social, que elaboró un plan económico; la formación del Banco del Estado, la revalorización de la moneda y la idea de establecer un impuesto a la renta; y la promulgación del estatuto universitario. Además, Matte denunció las inconsistencias de un régimen democrático en el que votaban solo 350 mil de los 4,5 millones de habitantes de Chile, y con un sufragio cuyo secreto no estaba garantizado. Asimismo, propuso una reforma agraria, la creación de cooperativas campesinas con desempleados —las cuales estarían destinadas al reemplazo de las importaciones— y el fomento a la producción para la exportación. El ex masón defendió el

⁸³ El Congreso Termal tuvo su origen en la XXXVI legislatura del Congreso Nacional de Chile, correspondiente al periodo 1930-1932. El nombre proviene de las Termas de Chillán, donde las jefaturas de los partidos políticos tradicionales dieron su beneplácito para que Ibáñez elaborara los cupos y las listas de candidatos. Con ello se buscaba evitar una confrontación electoral que permitiera la victoria de los opositores del régimen. Para lograr tal fin, se hizo uso de una cláusula de la ley de elecciones que señalaba que en caso de existir igual número de candidatos al de vacantes por ocupar, no era necesario realizar una elección. De esta manera se dio paso a una verdadera dictadura legal. Un análisis de los conflictos durante este periodo en Rojas Flores, Jorge. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos, 1927-1931*. Santiago de Chile: DIBAM, 1993.

papel del Estado como interventor en la economía, lo que tendría como objeto la recapitalización del país y el pago de la deuda externa. Esto se lograría mediante el control y el monopolio del comercio exterior, además de las industrias del salitre, el yodo, el cobre y el hierro.⁸⁴ Los elementos centrales de su propuesta, en la que el término «indoamericano» aparece cuatro veces, mezclaban la alianza de clases sociales, propuesta por el aprismo, con su abolición, típica del comunismo:

los trabajadores manuales e intelectuales organizados, cuyos ideales y anhelos os he expuesto aspiran a la conquista del Poder Público con un[a] alta idealidad, para realizar la transformación integral de nuestra vida económica, política y social y han de marchar, sin desfallecimiento por el camino que lleva a la posesión por la colectividad de los medios de producción y de cambio, para abolir las clases antagónicas que se odian y combaten encarnizadamente, y obtener que la cultura, la nobleza de los sentimientos y la libertad plena de la existencia sean una realidad que disfruten todos los hombres.⁸⁵

Matte terminó su discurso presagiando el fin del individualismo liberal y el advenimiento del colectivismo, que traería una «nueva era de prosperidad y bienestar».

Pero el debate en el Congreso se centró en la polémica por la disolución de la Compañía de Salitres de Chile (COSACH), la empresa estatal formada por Ibáñez para controlar la explotación del salitre cuando este ya no era rentable. En el marco de la crisis económica mundial de la década de 1930, el problema radicaba en si se debía disolver o no la empresa estatal y la incidencia de este hecho en el desempleo, que afectaba a miles de trabajadores.⁸⁶ El diario *La Opinión*, antes de tendencia izquierdista

⁸⁴ Jobet, *El Partido Socialista*, p. 100. Ver «Congreso Nacional». *El Sur*, 26 de enero de 1933, p. 1. El texto completo del discurso de Matte Hurtado puede revisarse en Witker, Alejandro. *Historia documental del Partido Socialista de Chile, 1933-1983*. Concepción: IELCO-Chile, 1993, vol. 6, pp. 29-37.

⁸⁵ Witker, *Historia documental*, vol. 6, p. 33.

⁸⁶ El cobro de impuestos a empresas extranjeras por la explotación del mineral fue la principal fuente de divisas para el país desde el fin de la Guerra del Pacífico (1879-1883), que le otorgó a Chile el dominio de los yacimientos salitreros. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) se reemplazó el salitre natural por el sintético

y que ahora simpatizaba con el alessandrismo, acusó a Matte Hurtado de estar en contra de la disolución cuando él mismo había propuesto, durante la «República Socialista», la desaparición de la COSACH. El napista envió una carta al periódico explicando que se oponía al proyecto del gobierno por considerarlo inadecuado en ese momento de alto desempleo, pero no a la disolución futura de la empresa, y que las luchas internas contra Dávila durante el gobierno socialista le habían impedido terminar con la COSACH. A pesar de ello, el director de *La Opinión* continuó culpando a Matte Hurtado de no haber disuelto la empresa durante los doce días que estuvo en el poder.⁸⁷

Hemos visto que el indoamericanismo y las propuestas del aprismo tenían una débil presencia en la ideología de la NAP, hecho que se hacía más patente en las propuestas de los otros grupos socialistas. Pese a ello, cuando las conversaciones entre las fuerzas socialistas para lograr su unidad estaban en su apogeo, un artículo de Santiago Ureta aparecido en la revista *Célula* —de corta vida, escaso tiraje y al parecer órgano de la ARS— emparentó ese proceso con el aprismo:

Dos son las corrientes matrices que hoy se disputan el campo de la izquierda en el panorama político y revolucionario de nuestro país: el comunismo marxista y el socialismo criollo emparentado directa o lejanamente con el aprismo creado en el Perú por Víctor Raúl Haya de la Torre. Estas tendencias han chocado ya más de una vez y en el futuro han de enfrentarse ásperamente. La primera está representada por el Partido Comunista afiliado a la III Internacional, la segunda por varios partidos y agrupaciones socialistas (ARS, NAP, Orden Socialista, etc.).⁸⁸

para la fabricación de pólvora, lo que sumió a la industria del nitrato en Chile en una prolongada crisis.

⁸⁷ La polémica puede seguirse en los siguientes textos: «En el Senado, Matte impugna la disolución de la COSACH»; «Señor director de la Opinión, presente»; y «Observaciones a la carta del senador Matte» (*La Opinión*, 27 de enero de 1933, p. 7).

⁸⁸ Ureta, Santiago. «Comunismo y socialismo criollo». *Célula*, nro. 9, marzo de 1933, p. 3. Santiago Ureta Castro era un ex agitador del anarquismo estudiantil de los años veinte, que luego formó parte de la revista *Claridad* (Moraga, «*Muchachos casi silvestres*», p. 347).

Esta definición se produjo en un momento clave del futuro Partido Socialista de Chile, cuando se construyó una «cultura socialista» que posteriormente aceptó tendencias y hasta fuertes diferencias ideológicas dentro de sí. El texto de Ureta parece tratar de construir un consenso antes de lograr la unidad orgánica, lo que ubicaba a la futura organización, en el plano internacional, como parte de los llamados partidos populistas.

En las siguientes semanas, se convocó a un congreso para tratar la unidad de los grupos socialistas. La reunión, realizada el 19 de abril de 1933, unificó a las distintas tendencias, dentro de las cuales la NAP era la más fuerte y organizada. Marmaduque Grove fue declarado líder; Matte Hurtado y Schnake ocuparon cargos en el Comité Central. Un nuevo congreso, efectuado meses después, ratificó estas decisiones. A partir de entonces, el Partido Socialista de Chile permitió dentro de sí corrientes y tendencias que evolucionaron en su interior, pero que mantuvieron sus identidades originarias.

CONCLUSIONES

La Nueva Acción Pública fue una organización efímera surgida a comienzos de la década de 1930 en Chile, en un contexto de crisis generalizada y un escenario político complejo, pero que a la vez fue uno de los momentos más prolíficos en experimentos políticos y sociales que haya vivido ese país. Como partido, estuvo inmerso en un proceso de constitución ideológica y orgánica del socialismo chileno. Este recibió una serie de influencias provenientes de los distintos socialismos de la época: anarquista, comunista, socialdemócrata, etc. A estas tendencias se les unieron viejas culturas políticas (como la masonería) y nuevas (como el latinoamericanismo o indoamericanismo).

Entre las agrupaciones socialistas del periodo 1931-1933, la NAP fue la más organizada, extendida e influyente. Su defensa de la técnica como instrumento para resolver los problemas sociales, su crítica antiindividualista, sus propuestas higienistas y la estructura interna de la organización serían traspasadas al futuro Partido Socialista de Chile. El ejemplo más patente fue la permanencia del *ethos* antiindividualista en

la práctica profesional de la Medicina en el «Discurso de la Universidad de Guadalajara» que pronunció Salvador Allende en 1972.

Hay muchas similitudes entre los contextos políticos en los cuales nacieron el PAP y la NAP. Tanto Chile como el Perú habían sido regidos por gobiernos que constituían autoritarismos modernizadores que fracasaron por la crisis económica de 1929 y por la oposición interna que tuvieron en sus últimos años. El fin de estos regímenes produjo procesos de inestabilidad e intentos autoritarios por recomponer el orden. Conspiraciones militares, golpes de Estado, insurrecciones populares, oposición política y crisis económica y social fueron elementos comunes en ambos países. Sin embargo, el lugar que ocuparon el PAP y la NAP en sus respectivos sistemas políticos fue distinto. Mientras el primero fue ilegalizado y la mayoría de sus cuadros conoció la cárcel o el exilio, los napistas, en un marco de mayores libertades, confluyeron en un proceso de unificación con otras fuerzas socialistas y, pese a llevar a cabo un golpe de Estado, se articularon con el sistema político que se organizó desde fines de 1932. Mientras muchos apristas desarrollaron su lucha desde el ostracismo, los napistas lo hicieron en su propio país y se solidarizaron con su organización hermana.

De otro lado, si los peruanos manifestaron en su organización un progresivo anticomunismo, los napistas buscaron diferenciarse y disputar el espacio ideológico de la izquierda, pero no rechazaron de plano al comunismo. Desde sus inicios, el PAP aspiró a representar al conjunto de las clases sociales desfavorecidas por el imperialismo como partido único. En el periodo que estudiamos, las insurrecciones que encabezó fueron obra propia y no comprometieron a otras fuerzas. En cambio, la NAP, que también proyectaba construir el mismo arco de alianzas sociales, se articuló con otras fuerzas políticas, incluso en las conspiraciones en que participó (como la «República Socialista»).

Por todo lo anterior, se puede señalar que si bien hubo influencia del PAP en la NAP, en el debate interno de esta última las propuestas latinoamericanistas y antiimperialistas debieron discutir con diversas tendencias ideológicas. Ello pese al énfasis latinoamericanista y unitario de la convención de la NAP de 1932 y la *Declaración de principios*.

Esta última «hibridaba» la consigna original del aprismo, pues definía la organización como una «agrupación de trabajadores intelectuales y manuales». Así, ponía a los intelectuales (y con ello a la clase media) antes que los obreros y agregaba a la máxima de Manuel González Prada principios evolucionistas y de «renovación integral» provenientes de la masonería y el positivismo religioso del siglo XIX.

Ningún documento oficial de la NAP ni artículo alguno de *Nueva Acción Pública* profundizaron el significado del latinoamericanismo. Tampoco se mencionó la importancia de los procesos históricos que dieron origen a esta corriente ideológica o al antimperialismo como teoría política: así, no hay análisis de la Revolución Mexicana, de la Reforma Universitaria cordobesa, ni escritos del líder aprista. En cambio, Haya de la Torre siempre dejó en claro que las raíces del PAP provenían de dichos procesos históricos continentales. De otro lado, no hay similitudes de contenido entre el periódico napista y *La Tribuna*, órgano oficial del aprismo, como tampoco con *APRA*, revista teórica del PAP.

En la NAP hubo un equilibrio en la adopción de elementos simbólicos que constituyen el imaginario de un partido, como la bandera y el himno. El pendón de la NAP no era el rojo con el continente americano de 1924, que aceptaran el PAP seis años después y el Partido Socialista de Chile a partir de 1935. En su bandera, más bien, se manifestaba la fuerte influencia masónica y patriótica. Por otra parte, como señalamos, la presencia en Chile de los peruanos Saco y Vallejos parecía deberse a contactos más personales que políticos. A su vez, dichos personajes buscaban apoyo en su difícil situación de exiliados e intentaban atraer a su ideario a una organización hermana. Sin embargo, no parecen haber influido en las propuestas políticas del grupo ni en su debate interno. Su aporte, más bien, estuvo centrado en las propuestas ideológicas generales más conocidas del aprismo, como las referencias al indoamericanismo y al Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales. Saco tendría su reivindicación, en años posteriores, en México, donde encontró mayor eco a sus propuestas y fue elevado a la categoría de ideólogo. Las preocupaciones de los napistas en 1933 parecen haberse centrado en lograr la

unidad de todas las fuerzas que se declaraban partícipes del socialismo. El éxito electoral del año anterior les confirmó que ese era el camino.

Finalmente, es necesario detenernos en las proyecciones de esta efímera y diversa organización política. Durante los primeros años de la década de 1930, en Chile el socialismo científico o marxismo ganó un prestigio importante por sobre otras propuestas, ya que planteaba una solución y una postura política e ideológica que se mostró como la principal tendencia de oposición al capitalismo del siglo XX. Ello, sumado a la debilidad de las organizaciones socialistas, llevó a la disolución de estas y a su unificación en un solo gran Partido Socialista. En este sentido, el socialismo chileno entre 1931 y 1933 no cumplió cabalmente con tres de las características del populismo y no procedió como el PAP: no constituyó un partido de frente único, no fue parte de alianzas policlasistas y valoró la «clase» por sobre lo «nacional». En el momento de la unificación y ante la existencia de un enemigo común (el capitalismo y la oligarquía), el socialismo chileno recurrió al latinoamericanismo y a una similitud —más simbólica que real— con el aprismo para construir una identidad común. Con ello hizo frente a la organización que le disputaba el espacio de la izquierda: el Partido Comunista.

Lo anterior implicó que la unidad socialista no se efectuara en el plano ideológico, y pocas veces en el político. Al interior del nuevo partido pervivirían distintas culturas políticas, que en momentos de crisis recuperarían su antigua autonomía orgánica. De todos modos, la Nueva Acción Pública fue una organización que en su momento aportó al sustento teórico y político del socialismo chileno y que fue parte de la tendencia de partidos de izquierda no comunista. De igual manera, compartió brevemente la expansión continental del comunismo y el populismo, que estarían enfrentados durante buena parte del siglo XX.

This article studies Nueva Acción Pública (NAP: New Public Action), an ephemeral party which existed in Chile at the beginning of the nineteen thirties. The aim is to reinterpret versions which claim that the NAP was born under the influence of the Popular Revolutionary Alliance of America (APRA) which became the Peruvian Aprista Party (PAP). Furthermore, the organization and the structure of this Chilean movement will be analyzed, as well as the conspiracies in which the party militants were involved and the ideological and political influences on the party from the moment of its founding in 1931 until its fusion with the Socialist Party of Chile in April, 1933.

Key Words: New Public Action, Socialism, Aprismo, Indoamericanism, Chilean political parties

